

Bianca®

Se necesita amante

Cathy Williams

SE NECESITA AMANTE

Cathy Williams



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

SE NECESITA AMANTE, Nº 1555 - Noviembre 2013
Título original: The Italian Tycoon's Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-3879-6
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Se puede saber qué es esto?

Aquello, más que una pregunta, era una orden para conseguir una explicación inmediatamente. Ese tipo de preguntas había sido la tónica habitual durante los dos últimos dos días. Rocco Losi había llegado a Construcciones Losi para hacerse cargo temporalmente de la compañía.

Richard Newton miró preocupado lo que Rocco estaba señalando en las hojas que tenía sobre la mesa.

–Se trata de una de las filiales –explicó inclinándose hacia delante para poder leerlo.

–¿Una de las filiales? ¿Dónde están los documentos sobre esa filial? –preguntó Rocco levantándose bruscamente de su asiento sin dejar de mirar fijamente al hombre canoso que tenía frente a él y que estaba en un evidente estado de nerviosismo.

Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla y, por lo que Rocco estaba advirtiendo, el nivel de los ejecutivos de la empresa dejaba mucho que desear. Era un milagro que la compañía de su padre diera beneficios teniendo en cuenta la falta de iniciativa de los directores, todos ellos hombres entrados en años. Richard Newton, el director de contabilidad, era uno de los miembros más jóvenes del comité de dirección aunque Rocco no hubiera apostado nunca por él. De hecho, en su compañía aquel hombre apenas hubiera durado cinco minutos.

Claro que no podía olvidar que el ritmo de vida en Nueva York era más acelerado que allí, en Inglaterra.

Rocco apoyó las manos en el escritorio de su padre y se dirigió a su interlocutor en tono autoritario.

–Escúcheme atentamente, señor Newton. Me he visto obligado a dejar mi empresa de Nueva York debido a circunstancias ajenas a mi voluntad. Ahora que estoy aquí, no tengo intención de dejar que las cosas continúen como están. No quiero tener que estar haciendo preguntas continuamente porque espero que toda la información que necesite sobre la compañía de mi padre esté sobre esta mesa, esperando a que yo la lea. ¿Ha quedado suficientemente claro?

Rocco Losi mantuvo la mirada fija en el hombre sentado frente a él sin ápice de compasión. No había ido hasta allí para ser amable

con nadie ni para hacer amigos. Estaba allí para hacerse cargo temporalmente de la compañía de su padre hasta que se recuperara y entonces él pudiera regresar a Nueva York, la ciudad que había sido su casa durante los últimos diez años.

No estaba dispuesto a hacer una labor superflua; ése no era su estilo. Había ido hasta allí en contra de sus deseos, y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para conseguir que Construcciones Losi se convirtiera en una de las compañías más importantes.

Inmediatamente, los documentos que había solicitado fueron depositados sobre su mesa. Sin siquiera molestarse en mirar a Richard Newton, Rocco le ordenó que se quedara donde estaba para aclarar cualquier duda que pudiera surgirle. Se tomó su tiempo para estudiar los papeles, ignorando en todo momento al contable que esperaba pacientemente al otro lado de la mesa.

Tras unos largos minutos, Rocco levantó la cabeza y se quedó mirando en silencio a Richard Newton.

–Explíqueme la importancia de este apunte contable en la cuenta de beneficios de la compañía –dijo y se quedó a la espera de una respuesta.

Sabía por su propia experiencia que el silencio podía ser muy efectivo para conseguir respuestas sinceras.

–Sí, bueno… La compañía de su padre siempre ha logrado buenos beneficios. Ya sabe que es una de las mejores empresas de construcción que existen. Y… bueno, con el auge que ha tenido en los últimos años la vivienda y que todavía durará unos años más… las cosas van bastante bien como puede apreciar en la contabilidad. Bueno, yo diría que van muy bien –contestó nervioso. Rocco se quedó sorprendido de aquella respuesta evasiva, pero decidió no decir nada y en su lugar, continuó mirando fijamente a Richard Newton–. En cuanto al apunte contable al que se refiere, quizá no entienda cómo funcionan las cosas aquí, señor Losi. Quiero decir que usted está acostumbrado a otra manera de operar…

–Quiero que me dé una respuesta clara y concisa, señor Newton. Usted es el director de contabilidad y estoy seguro de que puede hacerlo.

–Esta filial es una de las más importantes de la compañía. Amy Hogan se ocupa de ella. Podríamos decir que se ocupa de la consecución de beneficios además de…

Rocco frunció el ceño.

–Ese nombre no me suena. Creía que había conocido a todas las personas que ocupan los puestos directivos de la empresa.

–Es que ella no trabaja en este edificio. Tiene una oficina cerca

de Birmingham y viaja a menudo.

–¿Qué puesto ocupa?

–Ella es uno de los directivos que…

–Pedí que me fueran presentados todos los directivos –dijo con rotundidad.

–Sí, lo sé, pero no pudo venir ayer.

–¿Por qué? –preguntó Rocco enojado–. ¿Estaba de viaje fuera del país?

–Dijo que estaba ocupada.

–¿Que estaba ocupada? –repitió furioso Rocco.

Había dado instrucciones precisas desde el momento en que había llegado a aquella compañía. Estaba acostumbrado a que sus órdenes fueran acatadas de inmediato, por lo que la sola idea de que alguien las había infringido lo exasperaba.

–Amy trabaja mucho –dijo Richard tratando de calmar a Rocco–. Precisamente ahora está ocupándose de un gran proyecto.

–¿No será uno de esos proyectos altruistas?

–Se trata de rehabilitar un centro social en estado ruinoso en el centro de la ciudad –respondió Richard.

Rocco estaba al límite de su paciencia. Aquello era inaudito. Era un hombre seguro de sí mismo, acostumbrado a hacer valer su poder e influencia. Sabía cómo resolver eficazmente los problemas que se presentaban en el día a día de una gran empresa. Sin embargo, era la primera vez que alguien no acudía a una de sus reuniones alegando que tenía cosas más importantes que hacer. Aquello, sencillamente, lo sacaba de sus casillas.

Se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre la mesa.

–Le voy a encargar algo, señor Newton. Tan pronto como salga de este despacho, quiero que telefonee a la señorita Hogan y le diga que iré a hacerle una visita esta misma tarde. Confío en que me espere en su oficina, no importa lo ocupada que esté, a las tres en punto. Si no está allí, dígale que se dé por despedida.

Richard Newton abrió la boca para decir algo, pero se quedó callado. Asintió con la cabeza y salió del despacho con una inmensa sensación de alivio, dejando a Rocco sumido en sus pensamientos.

Si su padre y él hubieran mantenido algún tipo de comunicación, habría llegado con alguna idea de lo que se iba a encontrar. El enfrentamiento que habían tenido años atrás lo había obligado a buscarse la vida al otro lado del Atlántico. Por ello, había llegado a Inglaterra sin conocer el estado de la compañía de su padre y si obtenía beneficios o no.

Se pasó la mano por el cabello y pidió a su secretaria que le

organizara el viaje hasta el centro de la ciudad, hasta la oficina que ocupaba la señorita Hogan. El resto de la mañana lo dedicó a estudiar las cuentas de pérdidas y ganancias, preparando informes en el ordenador y a atender llamadas del otro lado del Atlántico.

A las dos en punto, su secretaria lo interrumpió para decirle que el chófer acababa de llegar para llevarlo a la ciudad.

No estaba seguro de lo que iba a encontrarse. Imaginaba que sería una casa victoriana de altos techos. La sede de Construcciones Losi estaba ubicada a las afueras de Stratford, en un edificio de época, todo lo contrario que sus oficinas en Nueva York, que se encontraban en pleno centro, en un moderno rascacielos.

Se quedó sorprendido cuando el coche se detuvo ante un local pequeño y de aspecto abandonado enclavado en mitad de un barrio marginal.

–¿Está seguro que éste es el sitio? –preguntó Rocco, con el ceño fruncido, al chófer.

Un grupo de jóvenes holgazaneaban a la puerta del local.

–Desde luego, señor. He venido en más de una ocasión a recoger a la señorita Hogan cuando se le ha estropeado el coche.

–¿Y eso ocurre con frecuencia?

–Sí. Le gusta mucho el viejo Mini que tiene –contestó Edward–, aunque le juegue malas pasadas de vez en cuando.

Rocco gruñó al oír aquello. Abrió la puerta y bajó del coche. Una vez fuera, se agachó para hablar al chófer a través de la ventanilla.

–Lo llamaré en cuanto haya terminado aquí.

–Sí, señor.

Rocco no pensaba estar más de una hora. No tenía ninguna intención de revisar documentación alguna con aquella mujer. Eso lo podía dejar para otro día en la comodidad del despacho de su padre. En esta ocasión, tan sólo quería darle a entender que todas aquellas tonterías acerca de construir viviendas para los más desfavorecidos se acabarían si su padre se veía imposibilitado para volver al trabajo. Si la compañía quería hacer donaciones, había otras maneras de hacerlo que adicionalmente podrían reportar importantes rebajas fiscales. Pero tenía claro que la empresa debía dedicar todos sus recursos a la obtención de beneficios y no a hacer obras de caridad.

Con ese objetivo en su cabeza, Rocco entró en la oficina y se encontró con un ambiente que nunca antes había visto: muebles

baratos, alfombras raídas y un gran desorden alrededor. No había recepción. Cinco escritorios llenaban aquella estancia que era mucho más pequeña que su despacho de Nueva York. Una pared estaba cubierta de planos. Las ventanas estaban sucias y a medio abrir, por lo que apenas circulaba aire fresco. Un viejo ventilador de techo amenazaba con hacer volar los papeles que se hallaban sobre las mesas.

En aquella desagradable atmósfera, había cinco personas trabajando que se habían detenido nada más verlo entrar y que ahora lo observaban con curiosidad. Eran tres hombres y dos mujeres, todos ellos de unos veinte años.

–Estoy buscando a Amy Hogan –dijo Rocco, dando un paso al frente.

–¿Qué es lo que quiere? –preguntó uno de los hombres, interponiéndose en el camino de Rocco.

–He venido a ver a la señorita Hogan.

–Y, ¿quién es usted?

–Rocco Losi. Tengo una reunión con la señorita Hogan, por si no lo sabe.

–No me ha dicho nada. Por cierto, ¿cómo está su padre? Yo me llamo Freddy. Siento haberle hablado así, pero en este lugar uno no se puede confiar –dijo el joven alargando la mano para estrechar la de Rocco.

–Hace quince días la oficina fue asaltada –intervino una de las mujeres–. Tres individuos rompieron ese cristal y se llevaron todo lo que pudieron. La alarma no sirvió para nada.

–La policía tardó diez minutos en llegar. Para entonces, ya se habían ido.

–El pobre señor Singh se llevó un buen susto.

–Ya veo que ha conocido a todo mi equipo –dijo una cálida voz femenina. Rocco levantó la mirada y vio a una mujer en la puerta, vestida de manera informal con unos vaqueros, una camiseta de tirantes y unas zapatillas–. Soy Amy Hogan y usted debe de ser el hijo de Antonio.

El nombre de su padre pronunciado por aquella voz lo estremeció. Ella lo miraba con una amplia sonrisa que él le devolvió de manera forzada. Era una mujer menuda, de apenas un metro sesenta de estatura, con el pelo castaño y los ojos marrones y con pecas a ambos lados de su pequeña nariz.

Rocco se quedó observándola y preguntándose cómo su padre había contratado a una mujer tan joven para manejar a su libre antojo una gran suma de dinero y destinarlo a centros sociales,

albergues, parques… No había visto su currículum vitae, pero decidió que sería lo primero que haría tan pronto regresara a la oficina de su padre.

–¿Podemos ir a otro sitio para hablar a solas? –preguntó Rocco acercándose a ella.

–Vamos a mi oficina.

Era muy alto y guapo, observó Amy, que apenas podía dejar de observarlo. Debía de medir casi dos metros de altura. Tenía la piel morena y el pelo negro, que contrastaba con unos ojos de intenso color azul.

Richard tenía que haberla avisado de su imponente aspecto; así no estaría allí balbuceando sin saber qué decir. Por suerte, sí le había hablado de otros aspectos de Rocco, especialmente de su carácter arrogante, del que ya se había percatado tan pronto lo había visto.

–¿Quiere beber algo? –preguntó Amy con una gran sonrisa–. Café, té. Olvide el café. Hace dos días que se acabó y todavía no hemos ido a comprar más. Así que las únicas opciones son té o agua.

–Estoy bien, no se preocupe. Enseguida me marcharé.

Amy se encogió de hombros y lo guió hasta su oficina. Era otra habitación, más pequeña que la anterior, pero en el mismo estado de desorden. Había un escritorio, tras el que ella se sentó y un par de sillas. Le hizo un gesto a Rocco para que se sentara.

Sorprendido, miró a su alrededor antes de prestar atención a Amy.

–¿Qué puedo hacer por usted? –preguntó ella, sonriendo educadamente.

–Ayer le pedí que viniera a verme al despacho de mi padre.

–Sí, lo siento. Estuve muy ocupada y no pude ir. ¿Cómo está su padre? Estuvimos muy preocupados cuando nos enteramos de que estaba enfermo con neumonía. Unos días antes de enfermar, me había dicho que no se encontraba bien. Fui a verlo al hospital, pero lo encontré tan débil que no me pareció una buena idea volver a visitarlo.

–Dejemos una cosa clara, señorita Hogan. No quiero permanecer aquí más tiempo del necesario. Mientras mi padre se recupera, espero que cada miembro de la plantilla coopere conmigo. Incluida usted.

Amy dejó de sonreír y lo miró fríamente.

–Ruego acepte mis disculpas. Ahora, por favor, dígame qué puedo hacer por usted.

Richard había acertado plenamente en el motivo de la visita de Rocco a pesar de que ella estaba convencida de que todo lo que querría sería conocer los proyectos en los que estaban trabajando. Ahora se daba cuenta de que había sido demasiado ingenua.

–Lo primero que puede hacer es hablarme de los estudios que ha realizado.

–¿Cómo dice?

–Sí. ¿Qué ha estudiado usted?

–¿Para qué quiere saberlo? –preguntó Amy sonrojándose–. Antonio siempre ha confiado en mí y...

–Mi padre no está actualmente a cargo de la compañía –la interrumpió–. Tal y como está, es posible que no pueda volver a trabajar y, en ese caso, es mi deber dirigir la compañía y conseguir que todo esté en orden antes de que abandone el país.

A pesar del ventilador que estaba ruidosamente en marcha, aquella habitación era un horno, por lo que Rocco se subió las mangas de la camisa. No entendía cómo aquella gente podía trabajar en ese lugar. Su primer verano en Nueva York, antes de comenzar su ascendente carrera, lo había pasado en un sitio como aquél, pequeño y caluroso. De eso hacía ya diez años. Ahora, vivía en un lujoso y confortable apartamento decorado con muebles de los más destacados diseñadores y con un moderno sistema de aire acondicionado.

–¿Qué tiene eso que ver con mi formación, señor Losi? –preguntó Amy.

Rocco se inclinó hacia delante.

–Le seré franco, señorita Hogan. Me estoy dando cuenta de que la compañía de mi padre arroja beneficios gracias al azar más que a una buena estrategia. El negocio de la construcción está en pleno auge y mi padre se mantiene en el mercado gracias a la buena reputación que ha mantenido su compañía a lo largo de los años. Pero no veo que los directivos se molesten en crear nuevas líneas de negocio. Se conforman con lo que hay y no se dan cuenta de que en cualquier momento, otras compañías más agresivas pueden perjudicarnos. Y por si todo esto fuera poco, me encuentro con que una jovencita tiene a su disposición una gran cantidad de dinero para entretenerse jugando a hacer obras de caridad.

–¿Se refiere a mí, señor Losi?

–Veo que es usted muy lista –contestó Rocco con ironía reclinándose sobre el respaldo de la silla y mirándola con indiferencia.

Parecía inteligente, pensó Rocco, pero aquella mujer no tendría

más de veinte años.

–Tengo veintiséis años, aunque no sea asunto suyo.

–Ahí se equivoca. Claro que es asunto mío. Ahora soy su jefe y como tal, quiero saber qué experiencia tiene para manejar todo ese dinero. ¿Quién es su superior inmediato?

–Siempre ha sido su padre.

–¿Me está diciendo que está autorizada a hacer lo que le plazca y construir refugios para mendigos y todas esas cosas?

Amy sintió cómo su enojo iba en aumento. Aquel hombre no sólo era arrogante. Era frío como el hielo. No podía echarlo de su oficina porque, tal y como acababa de decirle, actualmente era su jefe y podía llegar a serlo definitivamente si su padre se veía obligado a dejar de trabajar. Antonio tenía más de setenta años y la neumonía podía dejarlo en estado débil.

–Deduzco por sus comentarios que lo siguiente que va a decirme es que no sé hacer bien mi trabajo.

–¿Por qué habría de decirle algo así? –dijo Rocco con ironía mirando las sucias paredes, la alfombra raída y las viejas baldas llenas de libros.

–Es usted una persona muy arrogante, señor Losi.

–Haré como si no la hubiera escuchado.

–Y una cosa más, el estado de mi oficina no tiene nada que ver con cómo desarrollo mi trabajo. Quizá las cosas sean diferentes en Nueva York.

Rocco no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Quién se creía aquella mujer que era para hablarle así? Aquello era una novedad para él.

–Creo que nos estamos alejando del tema que me ha traído hasta su oficina, señorita Hogan –dijo él con voz fría y distante–. Por orden de prioridades, primero quiero saber qué experiencia laboral tiene. Luego, quiero que me enseñe el proyecto en el que está actualmente trabajando, con un detalle de los costes. Además, necesito tener mañana por la mañana sobre mi mesa un informe indicando el dinero que se ha destinado a proyectos en áreas marginales. No olvide destacar aquellos que hayan reportado beneficios a la compañía.

Amy soltó una carcajada.

–Eso no es posible.

–Lo siento, creo que no la he escuchado bien.

–No hay modo de que pueda tener todo eso listo para mañana. De todas formas, Richard debe de tener información. ¿Quería algo más? –dijo Amy. Se puso de pie y alargó su mano para estrechar la

de Rocco a modo de despedida.

–Vuelva a sentarse, señorita Hogan. Todavía no he acabado.

–Podría tenerle lista esa información para finales de esta semana –dijo ella dejándose caer sobre su silla y mirando con desesperación al hombre que tranquilamente estaba sentado frente a ella.

–Así que tiene veintiséis años –dijo Rocco pausadamente. Cruzó las piernas y se acomodó en su asiento. Aunque en un principio había pensado marcharse enseguida, estaba disfrutando de la conversación con aquella mujer tan inteligente y con tanta personalidad–. Eso quiere decir que lleva trabajando en Construcciones Losi... ¿cuánto? ¿Cuatro años? Por lo que se ve, se ha hecho valer mucho en poco tiempo.

–Llevo diez años –lo corrigió Amy.

–¿Diez años? Eso es imposible.

–¿Por qué es imposible?

–¿En qué año terminó la universidad?

Se hizo un tenso silencio entre ellos.

–No fui a la universidad, señor Losi. Empecé a trabajar en la compañía de su padre al poco tiempo de acabar el instituto –dijo Amy desviando la mirada de aquellos ojos azules que la observaban. Rocco se quedó sorprendido–. No todo el mundo tiene la suerte de poder ir a la universidad.

–¿Quiere decir que no obtuvo las calificaciones necesarias para ingresar en la universidad?

Amy inspiró profundamente y lo miró.

–Mi madre murió cuando yo era pequeña y mi padre se hizo cargo de mí. Cuando tenía catorce años le diagnosticaron la enfermedad de Alzheimer y dos años más tarde tuvo que ser ingresado en una residencia. No pude seguir estudiando. Encontré trabajo en la compañía de su padre y tuve la suerte de vivir con una familia de acogida hasta que fui mayor de edad y pude instalarme por mi cuenta. Me habría gustado seguir estudiando e ir a la universidad, pero no pude hacerlo.

Amy se quedó jugueteando con un bolígrafo entre las manos. Sabía que Rocco la estaba observando. Ahora él sabía que no tenía una formación universitaria.

–Está bien. Así que todos sus conocimientos se basan en su experiencia laboral. Y, ¿qué fue de su padre?

–Murió hace dos años. Al final, ni siquiera me reconocía. Me confundía con mi madre –respondió con tristeza. A pesar del tiempo que había transcurrido, no había aceptado su pérdida. Tomó aire y añadió–: ¿Quiere que recoja todo esto en un informe y se lo deje

también sobre su mesa?

–No sea absurda.

–Creía que quería que siguiera sus instrucciones.

–Mi padre confiaba en usted y yo también voy a hacerlo –dijo él y se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre sus piernas–. Siento que no pudiera acabar de estudiar y que tuviera que empezar a trabajar tan pronto. Pero he de revisar todas las cantidades que se destinan a obras de caridad. Estoy aquí para hacer negocios y la primera regla es obtener beneficios.

Hacía años que Rocco había dejado Inglaterra con los bolsillos vacíos y ahora había conseguido llegar a lo más alto por sí mismo. Desde que había llegado a Nueva York todo lo que había ambicionado era hacerse rico.

–Lo sé –dijo Amy impaciente.

–¿Lo sabe?

–¡Por supuesto!

–En ese caso, no la molestará que revise lo gastado en los últimos dos años.

–Le facilitaré la información antes de que acabe la semana.

Amy intuía cuál sería su reacción cuando viera los números. La idea de destinar una parte de los beneficios de la compañía a las obras de caridad no parecía gustarle.

–No quiero que envíe la información. Quiero que me la entregue en persona y así la revisaremos juntos. Quiero que entienda por qué ha de desaparecer esta división de la compañía. Bueno, ahora tengo que irme. Ya he permanecido más tiempo del que debía.

Rocco se puso de pie y advirtió que se había quedado pálida. Se recordó que, antes que nada, él era un hombre de negocios y su astucia era sobradamente conocida. No estaba dispuesto a permitir que la compasión que sentía por aquella mujer afectara su habilidad para dirigir una empresa.

–Su padre no lo toleraría –dijo Amy con franqueza, antes de que saliera de su oficina.

–Mi padre está en el hospital, señorita Hogan, y la dirección de esta empresa la llevo yo ahora.

–Eso es ridículo, teniendo en cuenta que...

–¿Qué? –la interrumpió Rocco con los ojos entornados.

Era un hombre alto e imponente. Se quedó mirándola fijamente en espera de una respuesta.

–Teniendo en cuenta que es una empresa pequeña en comparación a lo que usted debe de estar acostumbrado –improvisó Amy–. Confío en que no olvide este detalle antes de tomar cualquier

decisión.

Pero lo que Amy realmente estaba pensando era que aquel hombre apenas había visitado a su padre en cuatro ocasiones a lo largo de los últimos diez años. Lo sabía porque el propio Antonio se lo había contado. Se tenían un gran afecto y él la trataba como a una hija.

–Le agradezco el consejo –dijo Rocco. Extrajo su teléfono móvil del bolsillo y dio instrucciones al chófer para que acudiera a la puerta a recogerlo, antes de continuar–. Aunque deje que le diga que no me gusta que me den consejos –añadió guardándose el teléfono en el bolsillo de la camisa–. La espero el viernes en mi oficina a las tres y media. Traiga documentación sobre los proyectos en los que está actualmente trabajando y el informe sobre gastos que le he pedido.

Ya en la calle, el grupo de jóvenes había desaparecido. Edward lo estaba esperando, pero Rocco se tomó unos instantes antes de meterse en el coche y miró a su alrededor. Por último, volvió a contemplar la fachada de la oficina. Tuvo que admitir que, aunque había regresado a Inglaterra en contra de su voluntad, aquella situación comenzaba a resultarle divertida.

Probablemente, en aquel momento los empleados estarían criticándolo a sus espaldas. Pero estaba seguro de que pronto se alegrarían de su presencia allí. Estaba dispuesto a impulsar la compañía y a cuadruplicar los beneficios con el menor esfuerzo posible.

Capítulo 2

Amy se aseguró de llegar con suficiente antelación a la reunión de las tres y media. Habían pasado tres días desde la visita de Rocco a su oficina y apenas había podido dormir desde entonces intentando averiguar el mejor modo de tratar con aquel hombre. Había decidido que lo mejor sería adularlo y guardar silencio. Llegar tarde a la reunión sólo conseguiría enojarlo más.

El día anterior había ido a visitar a Antonio al hospital y había comprobado que los antibióticos no estaban funcionando tan bien como era de esperar. Estaba débil, así que decidió no hablarle del trabajo para evitar que se preocupara. Iba a pasar al menos tres semanas más hospitalizado y después tenía pensado marcharse a casa de unos familiares en Italia hasta que se recuperara. Así podría relajarse y olvidarse de los negocios. Rocco ya había empezado a hacer los preparativos necesarios para el viaje.

La situación para Amy se presentaba peor de lo que esperaba. Rocco seguía haciendo los cambios que estimaba oportunos y estaba segura de que, antes o después, uno de ellos sería despedirla a ella y a los miembros de su equipo.

Le habría gustado poder hablar de aquello con Antonio, pero en esos momentos no podía contar con él. Siempre acudía a él cada vez que tenía un problema, pero ahora no estaba en condiciones de darle ningún consejo.

Amy estaba segura de que Rocco la haría esperar para darse importancia. En algún sitio había leído que era un gesto que denotaba superioridad. Sin embargo, nada más llegar fue conducida hasta el despacho y lo encontró sentado tras el escritorio de su padre con un montón de papeles a su alrededor.

Estaba tan guapo y tan serio como lo recordaba. Los rasgos de su rostro eran armoniosos y muy atractivos, pero no podía evitar sentir un gran desprecio hacia él. Sus ojos vivaces la miraron con dureza. Trató de mantener la compostura y cuando él le indicó con un gesto que se sentara en una silla, Amy rápidamente se dejó caer en ella.

–Ha sido puntual –dijo él reclinándose sobre el respaldo–. Por lo que me han comentado, sus horarios difícilmente se ajustan a los demás.

Amy forzó una sonrisa.

–Es difícil coincidir con los demás cuando uno está trabajando fuera de la oficina casi todo el día, señor Losi. Tengo que atravesar todo el centro de Stratford y cuando el tráfico está complicado, se me hace tarde. Aquí tengo los expedientes que necesitaba –dijo inclinándose para abrir su maletín y sacar los documentos.

Rocco, en lugar de alargar la mano para tomarlos, se quedó quieto esperando que se los acercara.

–Tengo malas noticias para usted –dijo Rocco, tamborileando con sus dedos sobre la mesa, sin dejar de mirarla con sus intensos ojos azules–. Aunque si ha estado en el hospital, ya sabrá de qué se trata.

–A mí me parecen excelentes. Creo que la idea de que su padre viaje a Italia para completar su recuperación le vendrá muy bien. Ha trabajado muy duro en los dos últimos años y se merece un descanso.

«Lo estás haciendo muy bien», se dijo Amy. Tenía que mantenerse fría y no estaba dispuesta a ponerle las cosas fáciles. Aunque Rocco acabara saliéndose con la suya, no se daría por vencida así como así.

–Mi padre no tendría necesidad de seguir trabajando si delegara la gestión de la compañía a alguien de su confianza.

–¿Qué tal si revisamos los expedientes? –preguntó Amy de manera cortante, cambiando bruscamente el tema de conversación.

Quizá había sido demasiado grosera y descortés, pensó. Rocco Losi debía de estar acostumbrado a imponer su autoridad. Hombres como él esperaban sumisión por parte de sus empleados.

–He empezado a revisar las cifras –dijo Rocco apoyando los codos sobre la mesa–. El último proyecto que ha llevado a cabo apenas superaba las cincuenta mil libras. Eso no es nada si lo comparamos con los anteriores.

–Es un pequeño porcentaje de los beneficios de Construcciones Losi –señaló Amy tratando de controlar el nerviosismo que sentía–. Siempre hemos pensado...

–Me alegro de que hable en pasado –la interrumpió Rocco–. Deje que le explique, señorita Hogan. Aunque mi padre se recupere completamente, no es recomendable que siga trabajando a pleno rendimiento. Estaré aquí los próximos meses y quiero asegurarme que la compañía funciona a mi manera y bajo la supervisión de quien yo designe antes de irme.

–¿Seis meses? –dijo Amy en voz baja.

–Sí, al menos seis meses.

–¿No tiene más cosas que hacer? ¿Qué pasa con su compañía de

Nueva York? ¿No debería ocuparse de ella?

–Tengo un equipo de confianza que sabe cómo llevar la compañía en mi ausencia. Además, en cualquier momento puedo tomar un avión y estar allí en unas horas.

–¡Vaya organización!

–La organización es la base de todo éxito. Lo que me recuerda el motivo de esta reunión –dijo Rocco y se apoyó nuevamente sobre el respaldo de su sillón sin dejar de observarla.

–Soy muy eficiente en lo que hago.

–Así tiene que ser. Pero eso no es lo que estamos discutiendo. Sencillamente, lo que usted hace no reporta beneficios a la compañía.

–Hay otras cosas en la vida además de ganar dinero –repuso Amy. Estaba empezando a enfadarse y se dio cuenta de que había cerrado los puños con fuerza–. Personalmente, creo que es muy triste que el único objetivo en la vida sea obtener riqueza. ¿Qué hace con todo ese dinero que gana, señor Losi? ¿Aumentar su cuenta bancaria y enorgullecerse de ello cada noche?

Rocco dirigió una severa mirada al rostro de Amy.

–Se me ocurren otras maneras más interesantes de disfrutar de una noche –dijo Rocco haciéndola sonrojar. Era evidente que ella había entendido lo que había querido decir con aquellas palabras.

Aquel comentario hizo que la imaginación de Amy comenzara a volar. Era un hombre muy atractivo, pensó. Tenía el pelo negro y unas largas y espesas pestañas que enmarcaban sus ojos azules. Sus labios eran muy sensuales. Parpadeó y se enderezó en su silla, tratando de alejar aquellos pensamientos.

–¿Qué es lo que pretende, señor Losi? Tengo un equipo de cinco personas muy eficientes y plenamente entregadas a su trabajo. Dos de ellas están casadas y necesitan un sueldo para vivir. Bueno, en realidad a todos nos hace falta.

–¿Entonces?

–Ya veo que no hay nada que hacer con usted.

Amy se levantó y fue entonces cuando se percató de que unas lágrimas surcaban sus mejillas.

–La primera norma para los negocios es no dejarse llevar por los sentimientos. Venga, siéntese y tranquilícese.

Rocco se puso de pie y comenzó a dar largos pasos por el despacho, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones. De pronto se detuvo frente a una gran librería y se quedó contemplando los objetos que Antonio había ido coleccionando en sus numerosos viajes. Amy giró su silla para mirarlo y sin darse

cuenta la falda que llevaba puesta dejó al descubierto gran parte de sus muslos.

–He revisado los números y he llegado a la conclusión de que su absurda labor altruista tiene que terminar.

–No hay nada de absurdo en lo que hago.

Rocco le hizo un gesto con la mano para que lo dejara continuar.

–Lo cual no quiere decir que yo sea un monstruo y que no me preocupen los temas sociales. Creo que hay una manera mucho más fácil de colaborar con las causas nobles.

–¿Cuál?

–He pensado en hacer una donación al centro de caridad que usted elija.

Amy lo miró sorprendida con la boca abierta y tomó aire antes de hablar.

–Es muy fácil para usted, ¿verdad? Necesita demostrar que lo preocupan estos temas, ¿no? Entrega una cantidad de dinero y así tranquiliza su conciencia. Al fin y al cabo, para usted no es más que un trabajo duro que requiere un gran esfuerzo humano y por el que no obtiene nada en su propio beneficio. ¿Acaso no se le ha ocurrido que es muy gratificante el simple hecho de ayudar a otras personas?

Rocco se giró irritado e impaciente y se acercó. Se inclinó sobre ella y se apoyó sobre los reposabrazos de la silla.

–Si lo que busca es hacer obras de caridad, señorita Hogan, me temo que se ha equivocado de trabajo. En los últimos años, ha gastado mucho dinero –dijo y a continuación se enderezó bruscamente sin dejar de mirarla con los ojos entrecerrados–. Ahora, dígame en qué está trabajando. Obviamente, permitiré que se concluyan los proyectos que están actualmente en marcha.

Rocco se giró y regresó a su escritorio.

Amy se levantó y lo siguió, con un puñado de papeles en la mano. Nunca había conocido a un hombre como aquél. Era un ser frío e insensible. Aunque ahora que se paraba a pensarlo, no la sorprendía. Después de todo, ¿qué razones podía tener aquel hombre para evitar toda relación con su padre durante diez años?

Rodeó el escritorio y comenzó a desdoblar los planos.

–Éste es uno de los proyectos municipales más importantes que se están llevando a cabo en el centro de la ciudad –explicó Amy–. Hay un gran número de familias monoparentales en esta zona y por tanto, un gran número de adolescentes sin nada que hacer. No ha sido fácil, pero por fin hemos conseguido que nos den la licencia para construir un centro juvenil justo aquí –añadió señalando un punto en uno de los mapas.

Mientras explicaba en qué consistía el proyecto, se dejó llevar por el entusiasmo. Todos los vecinos se habían mostrado a favor del proyecto. Las desesperadas madres habían visto en aquella idea un modo de reducir los pequeños delitos que a diario eran cometidos por un puñado de adolescentes aburridos, e incluso los muchachos con los que había hablado se habían mostrado entusiasmados con la idea.

Amy siguió mostrándole los planos de lo que pensaban construir. Dee era una buena arquitecto y había realizado unos dibujos detallados de lo que pretendían llevar a cabo en aquel espacio reducido. Una vez terminó de exponer las distintas fases del proyecto, Amy volvió a la realidad y al hecho de que Rocco se oponía a aquella idea de ayudar a la comunidad.

–Por supuesto que realizar este tipo de proyectos no es lo mismo que hacer una donación y olvidarse –concluyó Amy.

–Claro que no. Esto conlleva meses de valioso esfuerzo en tiempo y dinero –dijo Rocco cruzando las manos por detrás de la nuca sin dejar de mirarla–. Aunque he de admitir que es usted muy apasionada con lo que hace.

–Todos en el equipo lo somos –afirmó Amy–. Es bueno apasionarse con lo que uno hace. ¿Acaso las personas que trabajan para usted no lo son?

Rocco pensó en el resto de empleados que había visto en la oficina de Amy y arqueó las cejas.

Ella se adelantó a sus posibles comentarios.

–Freddy visita las obras, Tim y Andy se ocupan de organizar a las personas que hacen realidad nuestros proyectos, Dee es arquitecto y Marcy nuestra secretaria.

–¿Y usted?

–Yo me ocupo de supervisar todo –contestó Amy fríamente–. Me aseguro de que cumplimos los plazos, me reúno con los concejales y hablo con los vecinos para escuchar sus sugerencias.

–¿Y es éste el único proyecto en el que está trabajando actualmente? ¿Dónde está el presupuesto? –preguntó Rocco golpeando con suavidad la mesa.

Amy miró su reloj y suspiró.

–Entre esos papeles –dijo señalando la mesa–. De momento son sólo estimaciones, pero conozco a los proveedores y sé que podemos conseguir buenos precios.

–Está bien. Vamos a estudiar ese presupuesto.

Amy rodeó la mesa y empezó a recoger sus cosas. Habían transcurrido dos horas y eran más de las cinco y media.

–Tengo que irme. Lo siento, pero se me ha hecho tarde.

–¿Adónde?

–Mire, señor Losi, podemos hablar sobre el trabajo todo lo que usted quiera, pero no estoy dispuesta a contarle mi vida privada. Eso no es asunto suyo –dijo Amy ante la desconcertada mirada de Rocco. Suspiró y dejó caer su maletín sobre la silla–. Tengo una cita y no puedo cancelarla una vez más. Ya lo he hecho tres veces. Sam tiene entradas para la obra de teatro *El sueño de una noche de verano* y no quiero fallarle otra vez. Además, mi coche está en el taller y Edward no puede llevarme, así que tengo que tomar un taxi y a esta hora es complicado encontrar uno libre.

Apenas tenía tiempo para ir a cambiarse de ropa a su casa e imaginó la expresión de Sam esperándola a la puerta del teatro enfadado. Ya le había dicho en más de una ocasión que su entrega al trabajo estaba acabando con su paciencia.

Rocco contempló el rostro ruborizado de Amy y sintió curiosidad.

–Está bien –dijo. Se encogió de hombros y se puso de pie–. Seguiremos el lunes.

Amy suspiró aliviada y lo miró por el rabillo del ojo. A pesar de lo corpulento que era, se movía con gran agilidad y se preguntó si practicaría algún tipo de deporte. Según se decía, todo el mundo en Nueva York acudía a hacer ejercicio en los gimnasios. Aunque estaba convencida de que el tipo de deporte que Rocco practicaría sería de competición, algo rápido y agresivo como el squash, que le permitiera disfrutar del triunfo sobre su oponente.

Sin embargo, ella llevaba cinco años tratando de sacar tiempo para acudir al gimnasio, pero todavía no lo había conseguido.

Estaba ensimismada en sus pensamientos, por lo que apenas se percató de que Rocco le había abierto la puerta y estaba junto a ella.

–Imagino que todavía tiene mucho trabajo y se quedará en la oficina para acabarlo –dijo ella tratando de disimular su sorpresa al verlo a su lado.

–¿Qué le hace pensar que voy a quedarme aquí trabajando en lugar de dedicarme a otros asuntos? –preguntó él con sonrisa pícara.

Era la primera vez que lo veía sonreír y sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. A pesar de ser un hombre muy arrogante, era muy atractivo.

–Si es así, espero que lo pase bien –dijo ella encogiéndose de hombros y saliendo del despacho.

Se dirigió hacia la escalera y de repente se dio cuenta de que él caminaba a su lado ajustando sus largos pasos a los de ella.

Todavía quedaban algunos empleados en el edificio, pero la mayoría se había marchado ya. Los viernes, la jornada laboral terminaba antes y los más jóvenes se aprovechaban de ello.

La enfermedad degenerativa de su padre no le había permitido disfrutar de su juventud. No es que se arrepintiera de haberse ocupado de su padre, pero sabía que las cosas habrían sido diferentes si hubiera podido disfrutar de aquellos años. En su lugar, se había dedicado a trabajar y a demostrar que era capaz de asumir grandes responsabilidades a pesar de sus pocos años.

–¿Adónde va? –preguntó ella mientras caminaban, sin ningún interés en particular más que por conversar–. ¿A algún lugar interesante?

–Al teatro –respondió él–. Voy a llevarla a su cita.

Amy se quedó clavada en el suelo mirándolo sorprendida.

–Muchas gracias, pero preferiría que no lo hiciera.

–¿Por qué no? –preguntó él. Amy pensó mil y una respuestas que darle, pero se quedó en silencio y Rocco continuó–. Nos ha llevado más tiempo del esperado revisar los documentos. Y todo por mi culpa. Lo menos que puedo hacer es llevarla adondequiera que vaya. Quizá prefiera ir a su casa primero y cambiarse, pero me da la impresión de que no le sobra tiempo.

–No quiero molestarlo.

–Acepte mi ofrecimiento –dijo Rocco con una sonrisa. Amy no tenía otra opción y decidió aceptar, aunque el solo pensamiento de estar en un lugar pequeño y cerrado, como un coche, junto a aquel hombre, la incomodaba–. No me he dado cuenta de lo tarde que se nos ha hecho. Además, me gustan las personas responsables de sus actos.

Abrió con el mando a distancia las puertas del Jaguar que había alquilado. Después, le sostuvo la puerta para que entrara.

–No suelo salir corriendo de las reuniones, señor Losi –dijo Amy con voz entrecortada y se quedó contemplando el perfil de aquel hombre mientras él maniobraba a través de las columnas del aparcamiento en dirección a la salida.

–No me refería a eso. Hablaba de su determinación para mantener su cita de esta noche. Por cierto, creo que ya va siendo hora de que nos tuteemos. No me gusta mantener un trato formal con mis empleados. De esta manera, me siento más cercano a ellos y hay mayor confianza.

Amy trató de tranquilizarse. A pesar de lo que acababa de

decirle, le era difícil relajarse con Rocco Losi, especialmente después del enfrentamiento que habían tenido en relación a la filial que ella dirigía.

–¿Qué cambios vas a hacer en la compañía? ¿Habrá despidos?

–¿A qué hora tienes que estar en el teatro?

–No has contestado a mi pregunta.

–Tampoco tengo por qué –dijo dirigiéndola una rápida mirada–. No sería ético por mi parte discutir eso contigo. Cambiemos de tema. Háblame de tu novio. La verdad es que no pensé que tuvieras novio.

Amy se quedó tan sorprendida de aquel comentario que se olvidó de todas las preocupaciones sobre el trabajo y los posibles despidos, empezando por el suyo propio, que podían producirse.

–No puedo creer lo que acabas de decirme.

–¿Por qué? –preguntó Rocco encogiéndose de hombros.

–Porque es un comentario grosero, ofensivo e insultante. Pero ¿por qué me sorprendo tanto? ¡Eres la persona más arrogante y grosera que he conocido!

–Es la primera vez que una mujer me llama todas esas cosas.

El ambiente entre ellos se volvió tenso.

–Lo cual dice mucho acerca de las mujeres de las que sueles rodearte –dijo enojada. La conversación había tomado un rumbo que ya era imposible de modificar y reconducir nuevamente hacia asuntos de trabajo. Deseaba poder borrar aquella expresión divertida del rostro de Rocco–. ¡Tengo veintiséis años y no he vivido en una urna de cristal!

Amy se preguntó a quién trataba de convencer, si a él o a ella misma. Había tenido algunos novios, en concreto tres, pero ninguno había conseguido alejar su mente del trabajo. Si bien era cierto que nunca había tenido una vida sexual alocada, la había molestado que aquel hombre se hubiera sorprendido al saber que tenía novio.

–Tranquila –dijo él–. Es que creí que eras una de esas mujeres para las que su carrera profesional está por encima de todo.

–Tengo otras cosas en las que pensar además del trabajo –afirmó, aunque en el fondo sabía que no era cierto. Se había acostumbrado a valerse por sí misma desde que era una jovencita y se había acostumbrado a que su vida girara en torno al trabajo.

–¿Cómo es él?

–¿Sabes llegar al teatro? –preguntó Amy evitando responder a su pregunta–. Estás tan preocupado en cotillear detalles de mi vida privada que vamos a acabar perdiéndonos.

–No estoy cotilleando, Amy. Estoy tratando de mantener una

conversación contigo que no tenga que ver con asuntos de trabajo.

Al oír a Rocco pronunciar su nombre, sintió un escalofrío por la espalda. Se giró y lo miró con resentimiento y aprensión.

–Sé que quieres despedir a mi equipo y a mí también. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo y pretender que mantengamos una conversación como si nada pasase?

–Quiero lo mejor para la compañía –respondió Rocco seriamente.

–¿Por qué?

–¿A qué te refieres?

Aturdida por el modo en que aquel hombre conseguía enojarla, Amy se había olvidado de que era su jefe. Su habitual carácter razonable y práctico parecía haber desaparecido.

–No te importa lo que ocurra con Construcciones Losi, ¿verdad? –preguntó ella con brusquedad–. No tienes el más mínimo interés en la compañía.

Se hizo un tenso silencio entre ellos. Amy no sabía si disculparse o continuar diciendo todo aquello que pensaba de él. Rocco estaba haciendo comentarios y preguntas sobre asuntos que no eran de su incumbencia y su nerviosismo iba en aumento.

De repente, él detuvo bruscamente el vehículo a un lado de la calle.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella mordiéndose el labio, sin dejar de observarlo.

–Aclaremos las cosas –dijo Rocco girándose para mirarla.

–Siento lo que he dicho –dijo Amy de mala gana–. Pero antes me has dicho que te gusta que tus empleados tengan confianza contigo para hablarte de sus preocupaciones.

–Y tus preocupaciones son...

–Tú tienes tu vida en Nueva York y nunca te has preocupado de tu padre ni de su compañía. Ahora vienes aquí dispuesto a tomar el control y alterar la vida de muchas personas sin preocuparte de las consecuencias.

–Estás exagerando.

–¿Ah, sí? –dijo Amy.

–Sólo pretendo poner orden en la compañía. Ahora que lo pienso, creo que tenemos algo en común. Los dos hemos tenido que esforzarnos mucho en conseguir lo que tenemos y nadie nos ha ayudado.

–A mí no me ha quedado más remedio. Pero al menos tú has podido elegir. Además, tú has tenido la suerte de estudiar en la universidad.

Se sentía desesperada y acorralada contra la puerta del coche por aquellos ojos azules. Le costaba respirar con normalidad.

–El trabajo es lo más importante para ti, ¿verdad? –preguntó Rocco con calma–. Por eso no tienes una relación estable.

–Ya te he dicho...

–Que tienes un novio –la interrumpió–. Al que vas a ver esta noche sólo porque te sientes culpable por haberlo dejado plantado tres veces con la excusa del trabajo.

–¡No me siento culpable! –exclamó y sus mejillas se sonrojaron. Había dado en el mismo centro de la diana–. Y por cierto, ¿vas a llevarme hasta el teatro? Porque si no es así, dímelo e iré caminando.

–¿Irías caminando los seis kilómetros que quedan sólo por orgullo?

–Por supuesto.

Amy desvió la mirada. Rocco rompió a reír con ganas y volvió a encender el motor del coche.

–Estoy convencido de que serías capaz de hacerlo –dijo Rocco divertido–. A los hombres no nos gusta eso, ¿sabes?

–¿Qué es lo que no os gusta? ¿Que las mujeres seamos capaces de caminar largas distancias? ¿O que luchemos por lo que creemos?

–Me refiero al hecho de que os gusta controlar cada situación. Hay mujeres que están tan ocupadas hablando de sí mismas, que no escuchan lo que otras personas tienen que decir.

–Muchas gracias por el consejo.

–No olvides que esas mujeres siempre atraen a la misma clase de hombres...

–No tengo ningún interés en conocer tu opinión al respecto –lo interrumpió Amy.

–...Hombres débiles –continuó Rocco–, a los que les gusta que les den órdenes y no les importa que continuamente los estén dejando en un segundo plano.

Amy esperó hasta que el coche estuvo parado junto a la acera y se giró hacia él.

–Prefiero los hombres que escuchan a los que no dejan hablar. Sin embargo tú has dado por sentado mi papel en la compañía sin tener en cuenta otros aspectos. Tan sólo has consultado el balance y has decidido que como no obtenemos ingresos, tenemos que ser despedidos. Si así actúan los hombres fuertes, francamente me quedo con los débiles.

Amy se sintió orgullosa de lo que acababa de decir. Había sabido mantener la calma a la vez que se había mostrado enérgica. No

quería que Rocco se diera cuenta de que sus comentarios la habían hecho enfadar. Si aquélla era su idea de una conversación relajada, entonces no había duda de que aquel hombre tenía una vida social nula.

–¿Qué otros aspectos no he tenido en cuenta? –preguntó Rocco.

Amy salió del coche.

–Quizá puedas venir y comprobar por ti mismo lo que hacemos –contestó ella una vez fuera del coche–. ¿O eres uno de esos hombres duros que no reconocerían que se han equivocado después de tomar una decisión?

Rocco no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Quería ser justo y decidió que tenía que ver con sus propios ojos en qué consistía exactamente el proyecto que Amy y su equipo estaban desarrollando. Así, nadie podría acusarlo de que el cierre de aquella filial era tan sólo un capricho suyo.

Capítulo 3

Una vez concluyó la obra de teatro, Sam y Amy se fueron a cenar una pizza.

Ella le habló de Rocco y de la amenaza que suponía para su trabajo, pero Sam apenas le prestó atención. Llevaban tres meses juntos y no acababa de sentirse a gusto con él.

–Creo que no tiene ningún interés en mantener la filial –explicó Amy, apartando su plato. La pizza estaba fría y no tenía hambre.

–Conozco a muchos tipos de esa clase. Sólo los preocupa el dinero –gruñó Sam–. Se llevarían por delante lo que hiciera falta con tal de construir un edificio de apartamentos de lujo para venderlos a precios desorbitados.

–Tampoco hace falta exagerar –dijo Amy sonriendo, tratando de contener la sensación de frustración que la embargaba.

Había conocido a Sam por casualidad durante el último proyecto que había llevado a cabo. Él trabajaba en una organización especializada en prestar todo tipo de ayudas a la comunidad y enseguida habían congeniado dado el interés que ambos tenían por las causas nobles. Sin apenas darse cuenta, su amistad había ido a más. Aunque Amy no estaba del todo segura de sus sentimientos, había decidido darse una oportunidad para averiguarlo. No era un hombre especialmente atractivo, pero resultaba agradable, inteligente y tenían intereses en común.

Amy lo observaba mientras le hablaba de diferentes personas a las que había conocido a lo largo de los años y del esfuerzo que le había costado convencerlos de la importancia que tenía llevar a cabo trabajos para la comunidad. El dinero, solía decir Sam, era el origen de todos los problemas.

–Estoy muy cansada –dijo Amy y dejó escapar un bostezo–. De todas formas, ha accedido a acompañarme para ver el proyecto en el que estamos trabajando. A lo mejor consigo hacerlo cambiar de opinión.

–¿Y qué pasará si no lo logras?

–Entonces me despedirá junto al resto de mi equipo.

–En ese caso, ¿qué harías?

–Buscar otro trabajo.

–No es fácil encontrar un trabajo tan estupendo como el que

tienes, en el que te pagan por hacer lo que te gusta. ¿Qué podrías encontrar mejor?

Sam llamó a la camarera y pidió dos cafés sin preguntar a Amy si quería tomar uno.

Estaba agotada de la tensión acumulada de todo el día. Podía quedarse dormida allí mismo.

Sam continuó hablando de las ventajas de trabajar en lo que a uno le gustaba, pero Amy apenas lo escuchaba. Estaba sumida en sus pensamientos, tratando de adivinar cómo reaccionaría Rocco cuando visitara con ella las obras. ¿Se mostraría indiferente? Ahora que lo pensaba, no había mostrado ningún interés en sus explicaciones, así que imaginó que se aburriría.

–Lo que quiero decir –continuaba Sam–, es que deberías buscar algo que no te ocupara tanto tiempo. Quizá sería una buena idea trabajar media jornada, aunque fuera como voluntaria y...

–Sam, déjalo. Estoy muy cansada y apenas puedo seguir escuchándote.

Amy observó que su comentario lo había molestado. Aunque no solía enfadarse, había ocasiones en que Sam se ponía muy desagradable especialmente si las cosas no salían como él esperaba.

–Es hora de que demos un paso adelante en nuestra relación.

–¿Un paso adelante? –repitió ella sin quitar los ojos de la taza de café.

–Creo que deberíamos comprometernos.

–¿Comprometernos? –repitió Amy alarmada–. Sólo llevamos tres meses juntos.

–¡No necesitamos más tiempo! Tengo treinta y ocho años y quiero formalizar nuestra relación. Estoy seguro de haber encontrado a la mujer adecuada, alguien con quien compartir mis intereses y que disfruta de los placeres más sencillos –alargó la mano y acarició la de Amy–. Estamos muy bien juntos, ¿verdad?

–Sí –dijo tímidamente Amy, soltando su mano–. Pero no tenemos necesidad de precipitar las cosas.

–Prométeme que pensarás en ello.

–Por supuesto –contestó Amy, tratando de imaginarse casada con Sam. No le cabía ninguna duda de que sería un buen marido, cariñoso y considerado y que, llegado el día, también sería un padre excelente–. Pero sólo tengo veintiséis años...

–El tiempo pasa para todos –dijo Sam cayendo en el tópico y a continuación cambió bruscamente el tema de conversación, recordando la obra de teatro a la que habían asistido y comparándola a otra que habían visto dos meses antes.

Amy sabía que Sam volvería a hablarle de su proposición, así que decidió adelantarse, y dos días más tarde le dijo que necesitaba tiempo para tomar una decisión con la excusa de que en aquellos momentos había muchas incertidumbres en su vida.

No había tenido noticias de Rocco. Quizá era una manera de decirle que, hiciera lo que hiciera, no tenía intención de molestarse en conocer el proyecto porque ya había tomado una decisión y no estaba dispuesto a modificarla.

Antonio se estaba recuperando lentamente. Ya era capaz de mantener una conversación durante unos minutos, pero Amy no consideró oportuno hablarle de lo que estaba sucediendo en la compañía. El médico le había advertido que tenía que evitarle cualquier preocupación. Así que había acudido a visitarlo con la mejor de sus sonrisas, como si todo estuviera bien. Antes de irse, le había preguntado si estaba contento de que su hijo estuviera de vuelta y si habían arreglado sus diferencias.

–Nada se ha arreglado entre nosotros –le había contestado Antonio–. Ha regresado en contra de su voluntad. Cada vez que viene a verme, no está más de cinco minutos. Creo que el único motivo por el que viene es para comprobar que no me haya muerto.

A la mañana siguiente, Amy decidió telefonear a Rocco.

–Espero que no hayas olvidado que me prometiste hacer una visita a las obras de mi proyecto –dijo, decidida a ir al fondo del asunto inmediatamente.

Rocco se apoyó en el respaldo con el auricular pegado a su oreja y sonrió. Por supuesto que no había olvidado su promesa. Tan sólo había decidido dejar pasar unos días para que se fuera convenciendo de lo inevitable. Era una mujer tenaz y sabía que tarde o temprano ella lo llamaría. De esa manera y sin darse cuenta, se estaba situando en una posición inferior a la hora de negociar. Estaba tratando con un maestro al que le gustaba emplear tácticas psicológicas.

De todas formas, le había gustado la manera en que Amy había abordado el tema. Seguramente estaría convencida de que de esa manera le paraba los pies.

–¿Te gustó la obra de teatro? –preguntó Rocco.

–Sí, era muy buena, gracias. ¿Me dijiste en serio lo de venir a ver conmigo mi proyecto o fue sólo una broma?

–Sí, lo dije en serio. Tengo que ver si puedo ajustar mi agenda.

–Vamos a tener una reunión con los vecinos esta tarde a las

ocho. Sería un buen momento para que vieras lo que hacemos e incluso hablar con los afectados.

Rocco decidió interrumpirla para evitar que siguiera insistiendo.

–Está bien –accedió. Había programada una cena con los directivos a las siete y media que prometía ser aburrida. Enviaría a Martin en su lugar y se escabulliría con la excusa de conocer aquel proyecto. No tenía ningún interés en asistir a la cena y tener que soportar a personas que apenas conocía–. Te recogeré en tu casa a las siete.

–No hace falta.

–¿Ya está arreglado tu coche? ¿O es que prefieres ir en transporte público?

–Que sea a las siete y media –concluyó. Le dio su dirección y le indicó cómo llegar hasta su casa, que estaba a medio camino entre la oficina de Rocco y el centro de la ciudad–. ¿Vendrás a recogerme, verdad?

–Por supuesto. Aunque, déjame preguntarte sólo por curiosidad: ¿qué harías si por algún motivo no pudiera ir a buscarte?

–Me llevaría un chasco, pero no me sorprendería. De todas formas, me las arreglaría de cualquier manera para llegar a la reunión.

«Buena respuesta», pensó Rocco sonriendo. Se dio cuenta de que en el fondo estaba deseando conocer aquel proyecto, que iba a ser el último de Amy en la compañía.

–Estás muy equivocada si crees que vas a conseguir hacerlo cambiar de opinión –fue lo primero que le dijo Sam cuando lo llamó para contarle los planes que tenía para aquella tarde.

Amy suspiró. Con el teléfono inalámbrico en la mano, se dirigió al cuarto de baño. Abrió el grifo de la bañera.

–Prefiero ser optimista.

–Entonces, prepárate para llevarte una gran desilusión, Amy. Ya te he dicho que conozco a muchos tipos como él.

Amy dudó que Sam hubiera conocido a muchos hombres como Rocco Losi, pero decidió no hacerle ese comentario. Al menos, estaban hablando de asuntos diferentes a la proposición de matrimonio que le había hecho unos días antes, respetando así su deseo de tomarse un tiempo antes de contestar. Y de momento, no había querido volver a pensar en ello.

No tenía ganas de discutir con él, así que dejó que siguiera hablando sin interrumpirlo. Sintió un gran alivio cuando quince

minutos más tarde colgó el teléfono.

Una voz en su interior le decía que Sam no parecía preocupado porque ella perdiera su empleo si Rocco hacía lo que pretendía y cerraba la filial. Sin trabajo, ella sería más vulnerable y acabaría aceptando su propuesta de matrimonio.

Quedaba media hora para que fuera a recogerla y todavía no estaba segura de que fuera a hacerlo. Se puso unos vaqueros, una camiseta estrecha y unos mocasines marrones; no tenía sentido vestirse con un traje para una reunión informal. Se cepilló el pelo y se pintó los labios.

Estaba lista cuando sonó el timbre de la puerta a las siete y cuarto.

–¿Sorprendida? –fue lo primero que él dijo nada más abrirle la puerta.

Todavía era de día y ya empezaba a refrescar. Rocco llevaba unos pantalones de sport color caqui y una camisa negra. Con aquel atuendo desenfadado, estaba casi tan atractivo como con los elegantes trajes que vestía para trabajar.

Amy no supo qué decir. Salió y cerró la puerta tras de sí.

–En absoluto. Sabía que vendrías para ir a conocer el trabajo que estamos haciendo antes de tomar una decisión y cancelar el proyecto –afirmó con seguridad mientras caminaban hacia el coche.

De repente, ella se detuvo en seco y se cruzó de brazos.

–¿Has venido en este coche? –preguntó señalando el Jaguar.

–¿En qué querías que viniera? –preguntó Rocco sorprendido.

–No podemos ir allí en este coche.

–¿Por qué? –dijo él en tono impaciente–. Por si no lo recuerdas, es el mismo coche en el que te llevé al teatro. Y que yo sepa, funciona perfectamente. Venga, sube y vámonos.

Amy se quedó inmóvil mirando el coche. Rocco estaba confuso. Por lo general, a las mujeres les gustaba que las llevaran en coches lujosos.

–Vamos a una zona deprimida –explicó Amy–. No creo que sea lo más apropiado ir hasta allí en este coche.

–Pues no veo ningún otro por aquí en el que podamos ir. La única opción que se me ocurre es que vayas por tu cuenta a esa reunión y te olvides de enseñarme ese proyecto.

–Está bien –dijo Amy abriendo la puerta–. Pero si le pasa algo al coche, no digas que no te lo he advertido.

–No te preocupes –dijo Rocco encendiendo el motor–. Indícame la dirección y acabemos con esto cuanto antes. Y dime una cosa. Si ese barrio es tan peligroso como parece, ¿cómo te las arreglas para

ir allí? –preguntó con curiosidad.

Era la primera mujer que conocía interesada en visitar barrios marginales. Estaba seguro de que las ejecutivas de Nueva York con las que habitualmente trataba no conocían lo que había más allá de la Gran Manzana. Por no hablar de las mujeres con las que salía que ni siquiera sabían lo que era viajar en el metro y alejarse de las calles de las tiendas de los grandes diseñadores y de los restaurantes de lujo.

Rocco miró de reojo a aquella mujer sentada a su lado y lanzó una rápida mirada a su pecho.

–Nunca he tenido problemas. No haría lo que hago si tuviera miedo de estar en un barrio marginal.

–Y a tu novio, ¿no lo preocupa?

–Claro que no. ¿Por qué habría de preocuparse?

–Creo que es evidente. Su chica yendo a sitios donde un coche como éste puede suponer un peligro.

«Su chica», repitió Amy mentalmente. Era una expresión antigua, chovinista y posesiva, pensó. Siempre lo habían molestado ese tipo de expresiones, pero ahora, al oírla de boca de Rocco, sintió un estremecimiento.

–Soy capaz de cuidarme yo sola. Y Sam lo sabe.

Aquel comentario parecía hecho por una de esas feministas a las que trataba de evitar y a las que no tenía más remedio que soportar en las reuniones de los consejos de administración, donde se comportaban como hombres. Él prefería relajarse en compañía de mujeres que no pretendieran demostrar continuamente su valía.

–¿Aunque por tu trabajo tengas que ir a sitios peligrosos?

–Tampoco estamos hablando de guerras –dijo ella con sarcasmo haciéndolo sonreír. Parecía más joven con aquella sonrisa en sus labios. Era muy atractivo y seguramente tendría mucho éxito con las mujeres–. Además, es una cuestión de tomar las precauciones necesarias. Procuro no ir sola a algunos sitios y que Freddy o Tim me acompañen.

–Freddy es el muchacho de la coleta que trabaja contigo, ¿verdad?

–Sí, desempeña muy bien su trabajo. Se graduó con muy buenas calificaciones. En el siguiente cruce, gira a la izquierda y luego sigue recto. El ayuntamiento está a la izquierda.

Era un lugar siniestro rodeado de vegetación salvaje. Los edificios de los alrededores estaban llenos de pintadas.

El apartamento en el que Rocco vivía en Nueva York era más alto que muchos de aquellos bloques, y estaba en un edificio con

todo lujo de detalles: seguridad las veinticuatro horas, ascensor privado, un fabuloso vestíbulo y toda una planta destinada a gimnasio.

–¿Dónde me sugieres que aparque?

–La entrada está por el otro lado –contestó Amy–. Y ya te he advertido lo que le puede pasar al coche.

Rocco se sentía fuera de su mundo y no dejó de observar impresionado todo lo que ocurrió en la siguiente hora.

Nada más aparcar un grupo de unos diez jóvenes rodeó el coche. Amy los saludó tranquilamente dirigiéndose a ellos por sus nombres de pila y les preguntó cómo estaban, dando pie a una amena conversación.

Aunque no se quedaba tranquilo dejando allí el coche, Rocco tenía que admitir que su aspecto los hacía parecer más peligrosos de lo que realmente eran.

Freddy y otros dos miembros del equipo habían llegado ya. Debían de ser unos ochenta vecinos y había un gran alboroto. Amy les indicó que tomaran asiento y tan pronto se quedaron en silencio, presentó a Rocco, que rápidamente se puso de pie y saludó.

Tenía mucha experiencia en hablar en público y enseguida tomó la palabra. No era la primera vez que se dirigía a un gran grupo de personas y sabía cómo captar su atención. Periódicamente, mantenía reuniones con importantes hombres de negocios de todo el mundo y sabía cómo desenvolverse en esas situaciones a la perfección. Pero esta vez, su público estaba compuesto básicamente por mujeres acompañadas de sus hijos y era evidente que estaban deseando hacerle todo tipo de preguntas.

Amy lo había dejado al frente de la reunión, así que decidió mantenerse en un segundo plano. Rocco les habló de la necesidad de llevar a cabo nuevas construcciones e intentar aunar esfuerzos para lograr mejorar el barrio. Nadie aplaudió cuando terminó, pero era lo previsible. Tenían que tomarse un tiempo para analizar toda la información que les había facilitado.

–Muchas gracias por escucharme –dijo Rocco dando por concluida la reunión, mientras los asistentes abandonaban la sala.

Cuando salieron, se había hecho de noche. Los jóvenes habían desaparecido y el coche estaba intacto.

–Lo has hecho muy bien –le dijo Amy.

–¿Acaso te molesta?

–Lo digo en serio –contestó ella–. ¿Sabes cómo salir de aquí o quieres que te lo indique?

–Ahora que he conocido tu trabajo, ¿ya estás contenta?

Amy rió relajada.

–¿Te has convencido de lo necesario de nuestro proyecto? ¿Decías en serio eso de aspirar a construir un mejor entorno?

–Lo que pretendes hacer en ese barrio no va a lograr reducir la tasa de delitos ni va a hacer que esos jóvenes cambien de la noche a la mañana.

–¿Por qué eres tan cínico?

–No soy cínico, soy realista –respondió Rocco–. Vámonos a cenar. ¿Qué tipo de comida te gusta?

El simple hecho de ir a cenar con él le producía una gran excitación.

–Gracias pero prefiero que me dejes en casa. Es tarde y estoy cansada –dijo pensando en Sam. Seguro que no le gustaría que cenara con Rocco.

–¿Has cenado ya?

–Tomé algo antes.

–Antes, ¿cuándo?

–A la hora de comer.

–¿No has comido nada desde entonces?

–Escucha, Rocco –dijo girándose para mirarlo de frente–. No tengo hambre. Además, ya has visto en qué consiste nuestro trabajo y has hablado con los vecinos. Es hora de volver a casa. Mañana prepararé un informe y espero que al menos te molestes en leerlo.

¿Cómo podía sentirse atraída por él? Aquel hombre quería acabar con todo aquello que la preocupaba y que tantos años le había costado lograr.

–Mira, Amy. Éste es mi coche y yo soy el que está conduciendo. Y aunque tú no quieras cenar, yo sí tengo hambre. Así que si no tienes ninguna preferencia, elegiré yo el restaurante. Y ahora mismo lo que me apetece es comida italiana –dijo entrando en un aparcamiento.

–¡Llévame a casa inmediatamente! –protestó ella.

–Deja de comportarte como una niña. Vamos a ir a cenar algo porque ninguno de los dos ha comido nada desde hace horas y son las nueve y media. Y no te preocupes, no pretendo aprovecharme de ti.

–No creo que a Sam le parezca bien que salgamos juntos a cenar –dijo Amy, aunque sabía que aquello no era del todo cierto.

Sam no era celoso y confiaba en ella plenamente. Pero según él, debía mantenerse alejada de Rocco, ya que era del tipo de personas a las que lo único que las preocupaba era hacer grandes negocios y obtener cuantiosos beneficios, sin preocuparse de las consecuencias

que eso pudiera tener para los demás. Una cosa era tratar de convencerlo y otra tratar de hacerse amiga de él. Eso sería una traición.

Rocco aparcó el coche y apagó el motor.

–Pensaba que Sam era un hombre liberal y no posesivo –comentó.

Amy lo miró fijamente unos segundos y salió del coche dando un portazo.

–Creo que Sam preferiría que cenara con él –dijo Amy levantando la barbilla.

–Eso tiene fácil solución. ¿Por qué no lo llamas y le dices que nos acompañé? O mejor aún, ¿qué te parece si yo mismo lo llamo? De hecho –añadió Rocco sacando el teléfono móvil de su bolsillo–, estoy deseando conocer a tu novio. Siempre he creído que es bueno conocer a fondo a los empleados.

No mentía. Le gustaba interesarse por sus empleados y así, llegar a conocerlos mejor. Además, tenía una gran curiosidad por conocer al misterioso novio de Amy.

–De acuerdo, vayamos a cenar a un restaurante italiano –accedió ella, imaginando lo mal que congeniarían Rocco y Sam.

–Muy bien.

Salieron del aparcamiento. Hacía una agradable noche de verano y muchas personas paseaban por aquella zona. Era el centro de la vida nocturna y había muchos restaurantes.

Rocco decidió no continuar preguntando por Sam, ya que si seguía mostrando tanto interés Amy acabaría dándose cuenta de que sentía una gran curiosidad. Así que le preguntó por detalles de la ciudad y Amy agradeció el cambio de conversación.

–¿Nunca has sentido deseos de regresar en estos diez años?

–No –negó él con firmeza.

–Creo que he tocado un tema delicado.

Entraron en el primer restaurante italiano que vieron y les indicaron que no había mesa libre y que tendrían que esperar al menos media hora.

–Esperaremos –dijo Rocco, entornando los ojos, añadió–. Y deja que te aclare una cosa: mi vida privada es sólo asunto mío.

–¿Acaso la mía no lo es? –preguntó Amy, después de que él pidiera una copa de vino para cada uno.

–No recuerdo haberte preguntado nada personal –repuso él con el ceño fruncido–. Además, me irritan las mujeres curiosas y entrometidas.

Amy se quedó mirando sus intensos ojos azules.

–Tendré cuidado con lo que te pregunto para que no me tengas por entrometida –dijo y tomó un largo sorbo de vino.

–Eso está bien –dijo Rocco.

No le gustaba hablar de asuntos personales con nadie. Las pocas mujeres que se habían atrevido a preguntarle acerca de sus sentimientos se habían dado contra un muro. La miró fijamente y ella le sostuvo la mirada. No era el tipo de mujer que solía atraerlo. Además, él era su jefe. Nunca le había gustado mezclar el placer con los negocios. Aunque disfrutaba de su compañía, no era la persona más adecuada con la que hablar de ciertas cosas.

Capítulo 4

Amy apuró su copa en menos de cinco minutos. No solía beber, pero aun así aceptó una segunda.

Rocco tampoco era un gran bebedor. No veía nada malo en tomar vino, pero había aprendido de su madre a no confiar en las personas que bebían sin saber cuándo parar.

Aquel vino debía de ser muy bueno si estaba dispuesta a tomarse otra copa, pensó Amy mientras llevaba la copa hasta la mesa que les habían preparado. Sentía las piernas más ligeras que de costumbre.

–A ver si me he enterado bien –dijo Amy nada más sentarse–. No te gustan las mujeres independientes. Prefieres tratarlas como si fueran un objeto de tu propiedad y que nunca te hagan preguntas demasiado personales. En estas condiciones, no debe de ser fácil conseguir que una relación funcione.

Rocco tenía la sensación de que era uno de los pocos momentos en su vida en que no sabía qué decir.

–No todo el mundo es tan responsable como tú.

–¿Y qué me dices de ti? No creo que sea cuestión de responsabilidad el hecho de no haber regresado antes a la ciudad donde te criaste.

–No, no me crié en Birmingham –comentó Rocco–. Lo cierto es que nunca viví en la ciudad así que no tengo recuerdos que me inciten a volver. De hecho, tengo los mismos lazos emocionales con esta ciudad que con cualquier otra.

Amy dio otro trago de vino y puso las manos bajo sus muslos, una fea costumbre que tenía desde niña y que no había logrado quitarse.

–¿Nunca habías estado en la ciudad a pesar de haber vivido a escasos kilómetros?

–Esta conversación no va por buen camino.

–Trataba de conocerte mejor –repuso Amy, parafraseando lo que él le había comentado antes respecto a sus empleados.

–Pasé poco tiempo en esta parte del país –dijo Rocco, retirando su copa con el vino prácticamente intacto.

–Lo sé. Fuiste a un colegio en el extranjero –comentó Amy con una tierna mirada en los ojos.

–Imagino que te lo habrá contado mi padre, ¿verdad?

Seguramente en una de esas charlas que tenéis y en las que consigues que destine grandes sumas de dinero a esos proyectos no lucrativos de los que te encargas.

En otras circunstancias, Amy se habría enojado, pero los efectos del vino habían suavizado su carácter y en lugar de responder a aquel comentario, se quedó en silencio recordando las tardes que había pasado con Antonio charlando tranquilamente. Se inclinó hacia delante y sonrió.

–Hablaba mucho con tu padre –recordó Amy mirando el rostro de Rocco–. Lo mismo que hacía con mi padre, hasta que se puso enfermo. Era hija única y me trataba como si fuera un adulto –de repente, reparó en la expresión de sorpresa de Rocco y se calló. Frunció el ceño. No entendía cómo había acabado haciéndole esas confidencias personales–. ¿Extrañabas tu casa cuando te fuiste a estudiar fuera?

Aquella pregunta tan directa, obviando lo que le había dicho respecto a traspasar los límites de su vida privada, lo sorprendió. Hizo una señal a la camarera para que se acercara a tomarles la comanda. No estaba dispuesto a hablar de su vida privada y menos durante una cena en un restaurante.

–¿Has estado antes aquí? –preguntó Rocco cortésmente mientras leía el menú.

–Nunca.

–Es un lugar agradable y la comida está muy buena.

–No solemos venir al centro. Preferimos quedarnos en nuestra zona –explicó Amy. Aunque a la vista de la comida, pensó reconsiderar esa opción. Aquel menú era más apetecible que el de los restaurantes chinos o hindúes a los que solía acudir con Sam–. Vengo con mucha frecuencia a la ciudad y no sólo por asuntos de trabajo. Con tu padre solía venir para pasear. Le gustaba ir a pasear al viejo mercado.

–¿A un mercado? –dijo Rocco sin poder disimular su sorpresa.

–¿Por qué te sorprende tanto?

–No me lo imagino. De hecho, recuerdo que siempre encargaba que le llevaran la compra a casa. No me lo imagino recorriendo un apestoso mercado tan sólo por el placer de hacerlo.

–No es un apestoso mercado –protestó Amy–. Es un lugar muy agradable, lleno de gente vendiendo todo tipo de cosas, desde libros hasta telas. Por cierto, lo que más le gustaba era recorrer los puestos de libros usados. Solíamos ir los domingos por la mañana, especialmente durante el verano.

–¿Y se puede saber qué es lo que buscaba? ¿Algo que costara un

penique para después venderlo por una libra? –preguntó Rocco con amargura.

–Haces que parezca un monstruo.

–Y tú haces que parezca un santo.

–No es para tanto. Pero desde luego que es un hombre amable y considerado, al que le gusta relacionarse con todo tipo de personas. Para él, hubiera sido más fácil ir a cualquier tienda por cara que fuera a comprar, pero ya ves, prefiere los mercados.

Rocco dejó escapar una sonora carcajada.

–¿Estás segura de que estamos hablando de la misma persona?

–Desde luego que sí. Lástima que no te molestaras siquiera en mantener el contacto con él durante estos años –dijo Amy criticándolo abiertamente.

Rocco se quedó inmóvil y apretó los labios.

–Ése es el comentario típico de las personas que dicen tener conciencia social y trabajar para los demás. Siempre con la seguridad de decir las palabras adecuadas como si de un don divino se tratara, listos para salvar al mundo y dar sermones sobre cosas de las que no tienen ni idea.

–Tener conciencia social no es un delito y lo último que pretendo es sermonear a nadie –dijo ella echándose hacia atrás para que pudieran servirles los aperitivos.

La camarera trajo un gran plato de embutidos, otro de verduras y otro de ensalada y los colocó en el centro de la mesa para que los pudieran compartir.

–¿De verdad? –preguntó Rocco tomando un trozo de embutido–. Entonces, ¿cómo te atreves a insinuar que no me he molestado en conocer a ese viejo al que tú pareces haber descubierto?

–¿Cómo puedes hablar así de tu padre?

–Pues muy fácil, teniendo en cuenta que el hombre al que yo conocí era frío como el hielo. Era un tirano que trataba a su único hijo como a un desconocido y que montaba en cólera si alguno de sus sirvientes hacía un ruido más fuerte de lo habitual en su vieja mansión –dijo Rocco y tomó otro trozo de embutido, furioso consigo mismo por haber dado tantas explicaciones a una mujer a la que acababa de conocer y que lo miraba con una expresión indescifrable–. Ya está bien de hablar de mi padre. Además, veo que cada uno de nosotros tiene una opinión diferente de él y no vamos a llegar a un acuerdo. ¿Por qué no comes?

Amy se obligó a probar las verduras y comprobó que estaban deliciosas. Lo que Rocco le acababa de decir la había incomodado, así que decidió que era el momento de cambiar de conversación y

evitar los temas personales, aunque no podía evitar sentir una gran curiosidad.

–¿Por qué te fuiste a vivir a Nueva York? –preguntó Amy–. ¿Por qué no Italia? ¿No habría sido más fácil volver a tu país de origen si lo que querías era iniciar una nueva vida?

–Italia no me parecía una buena opción.

–¿Por qué no?

–¿Cuándo vas a dejar de hacer preguntas? –dijo Rocco molesto. Amy sonrió con tanta dulzura que a punto estuvo de devolverle la sonrisa.

–Es una costumbre –explicó Amy con franqueza–. Me gusta preguntar. Es parte de mi trabajo. ¿Cómo si no iba a enterarme de las necesidades de las personas con las que trabajo?

–¿Y cuáles son tus necesidades?

–Ya lo sabes.

–¿De verdad?

Por unos segundos, aquellos ojos marrones se encontraron con los de Rocco y parecían tener otro sentido totalmente diferente a lo que estaban hablando.

–Mi trabajo –contestó Amy tras unos segundos–. Quiero seguir haciendo lo que más me gusta. Sé que te parece absurdo que tu padre destine una parte de los beneficios de su compañía a construir edificios para los más necesitados y que es una pérdida de recursos a tu modo de ver, pero merece la pena el esfuerzo. Me gustaría que te dieras cuenta de ello.

Rocco hizo un gesto a la camarera para indicarle que habían terminado los aperitivos, sin dejar de observar atentamente el rostro de Amy.

–No hablemos otra vez de lo mismo.

–Es la única razón por la que estamos aquí –señaló Amy–. Así que no pretenderás que me olvide de ello.

–Hay más cosas en la vida aparte del trabajo –apuntó Rocco.

Se sorprendió a sí mismo al oírse decir aquellas palabras. Él no era el más indicado para hacer ese comentario. Él era el primero que vivía para trabajar. Lo único que deseaba en ese momento era sentarse y disfrutar de una buena cena en compañía de aquella mujer, sin tener que hablar de asuntos relacionados con el trabajo. El simple hecho de que eso era todo lo que le importaba le hacía sentir mayores deseos de hablar de otras cosas y averiguar las aficiones de Amy, su pasado y otros detalles de su vida personal. Cualquier cosa que no tuviera relación con el trabajo y con las causas nobles a las que aquella mujer había entregado su vida.

–Me sorprende oírte decir eso –dijo Amy con aspereza–, teniendo en cuenta tu entrega al trabajo.

–¿Cómo has llegado a esa conclusión?

La camarera volvió a la mesa con los platos principales. Pescado para ella y carne para él. Apenas se fijó en la sonrisa de la muchacha al ponerle el plato frente a él y desearles que disfrutaran de su cena.

Amy se dispuso a comer su pescado. Sam y ella no sólo no iban a cenar al centro de la ciudad sino que tampoco comían en ese tipo de restaurantes. Sam apenas podía permitirse pagar aquellas comidas con su reducido salario y Amy no estaba dispuesta a herir su orgullo masculino e invitarlo. De hecho, estaba segura de que Sam sufriría un ataque al corazón si supiera que ella ganaba mucho más que él. Él siempre había imaginado que sus sueldos eran más o menos parecidos.

–¿Cómo si no habrías llegado tan lejos en apenas diez años? –razonó Amy–. He leído todo eso en los periódicos.

Rocco se quedó paralizado, con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca.

–¿Has leído todo eso? –preguntó Rocco enarcando las cejas–. ¿Acaso estás suscrita al periódico *The New York Times*?

–No tengo ningún interés en ese periódico. Pero tu padre sí. Ha guardado cada artículo que se ha publicado sobre ti desde el día en que te fuiste a vivir al extranjero y me los ha enseñado.

Amy bajó la vista a su plato y recordó cómo Antonio le había hablado orgulloso de los progresos de su hijo en Nueva York. Además de ser muy guapo y de tener un pasado misterioso, parecía tener un don para convertir en oro todo lo que tocaba. Era un hombre nacido para triunfar.

–¿Cómo dices?

Amy levantó los ojos y lo miró, preguntándose si lo habría ofendido.

–Digo que tu padre ha ido guardando todos los artículos que leía sobre ti.

–¿Qué es esto? ¿Otro de tus trucos para hacerme sentir culpable por haberme marchado de Inglaterra? –preguntó Rocco molesto. En el fondo, estaba sorprendido por lo que Amy acababa de contarle.

–Eres el hombre más hipócrita que he conocido en mi vida. Puedo incluso enseñarte esos recortes de prensa. Sé que los guarda en la biblioteca, en el último cajón de su escritorio.

–Si lo que pretendes es mediar entre mi padre y yo para conservar tu trabajo, te estás equivocando –dijo dejando de comer.

Se había quedado sorprendido por lo que Amy le acababa de revelar. ¿Por qué su padre se habría preocupado en guardar noticias referentes a él? Desde que se había marchado a América, se habían visto en cuatro ocasiones, todas ellas para firmar algunos documentos de la compañía de su padre y apenas habían hablado. Siempre había existido una barrera entre ellos. Nunca había tenido la impresión de que su padre estuviera orgulloso de sus logros. Pero entonces, ¿qué sentido tenía que hubiera guardado todos aquellos artículos? Quizá lo había guardado como prueba de que la principal preocupación que según él tenía su único hijo era ganar dinero sin preocuparse en cumplir con sus obligaciones. Le había hecho ese comentario una y otra vez en las escasas ocasiones en que habían hablado a lo largo de su vida.

Luego, cuando Rocco creció, deseó decirle que no todo en la vida eran obligaciones. Para su padre, una obligación era estar dispuesto a sufrir. Después de todo, en eso había consistido su vida. Estaba tan entregado a su esposa que cuando ésta murió al dar a luz a su único hijo, no supo cómo aceptarlo y se convirtió en una carga para él. Nunca había sabido cómo tratar con aquel niño, por lo que la relación entre ambos nunca había sido buena.

–La única manera de conservar mi trabajo es convenciéndote de que lo que hacemos tiene un gran valor –dijo Amy dejando los cubiertos sobre el plato.

–Lo más importante para ti es tu trabajo, ¿verdad? ¿Nunca has deseado dedicarte a algo diferente? –preguntó él. Amy se quedó en silencio sin saber a cuál de las dos preguntas responder primero–. No te molestará que hayamos cambiado el tema de los necesitados y de lo que haces para ayudarlos, ¿verdad? –continuó Rocco–. ¿Acaso no te gusta conversar de otras cosas?

Rocco observó cómo se sonrojaba y se quedó desconcertado. No sabía si era por algo que había dicho, pero lo cierto era que aquella reacción lo intrigaba.

Su experiencia con las mujeres lo había llevado a la conclusión de que eran fáciles de predecir, especialmente con las que solía salir en Nueva York. Eran mujeres a las que les gustaba hablar de sí mismas y dar todo tipo de detalles personales, siempre con la confianza de que despertaban el interés de los que las rodeaban. Disfrutaban con el juego de la seducción y con la idea de acabar en su cama. Una vez que se acostaban con él pasaban a la segunda fase del juego que consistía en deslumbrarlo cocinando y demostrándole que eran perfectas amas de casa. Para él, ése era el momento en que perdían su atractivo, por muy sensual que fuera la mujer en

cuestión.

Pero la que tenía frente a él era totalmente hermética. A pesar del tiempo que llevaban hablando, apenas había dicho nada de su vida privada.

–No me molesta –respondió Amy–. Y creo que llevamos toda la noche conversando, ¿no?

–¿Quieres café?

–Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos.

–Antes, me gustaría tomar una copa de oporto. Es una de las costumbres inglesas que más he echado de menos en América. ¿Quieres tú otra? –preguntó Rocco, advirtiendo que apenas había probado el vino.

–Me sorprende que quieras seguir aquí conmigo. Especialmente si tenemos en cuenta que según tú, no sé mantener una conversación –comentó en tono infantil–. Nunca he probado el oporto, así que tomaré una copa para probarlo.

–Muy bien.

–¿Nunca pensaste en regresar a Inglaterra? –preguntó Amy más tarde, tras unos cuantos sorbos de oporto. Comenzaba a sentirse como si flotara–. Lo que quiero decir –hizo una pausa y frunció el ceño tratando de concentrarse ante la mirada de aquellos intensos ojos azules– es que aunque no quisieras ver a Antonio, ¿no echabas de menos esto? El oporto, las sobremesas, el té, la reina...

Rocco esbozó una sonrisa mientras Amy daba otro trago a su copa.

–El oporto, por supuesto. Aunque me marché con veintidós años, ya me gustaba. Pero se puede encontrar en otros lugares del mundo. Pero una taza de té no sabe igual si la tomas en otra parte, ¿no estás de acuerdo?

–Lo estaría si hubiera viajado –dijo Amy.

–Y respecto a la reina, nunca tuve el placer de conocerla. Aunque recuerdo en una ocasión, estando en el colegio, haber agitado una bandera a su paso. Por desgracia, eso no fue suficiente para que me invitara a tomar el té en su palacio –bromeó Rocco, haciendo sonreír a Amy–. Ahora, contestando a tu pregunta en serio, sí, durante un tiempo eché de menos Inglaterra. Es el único hogar que he tenido. Italia era el lugar donde pasaba las vacaciones. Más tarde me di cuenta de que el tiempo había pasado y me había acostumbrado a vivir en Nueva York.

–¿No te arrepientes?

–El pasado no es algo que se pueda cambiar, así que no tiene sentido pensar en él.

–Entiendo.

No era de extrañar que, con aquel modo de pensar, nunca hubiera intentado restablecer la comunicación con su padre, pensó Amy. Para él, Antonio debía de ser parte de su pasado y, por tanto, historia.

–Ya veo que no compartes mi opinión –dijo Rocco. No sabía adónde los estaba llevando aquella conversación.

–A mí me gusta recordar el pasado –confesó Amy con franqueza–. Creo que es bueno tener en todo momento presente tu pasado.

–Todo depende de los recuerdos que tengas –dijo Rocco en tono cortante. Ambos habían terminado sus copas y aunque estuvo a punto de pedir otra, no lo hizo–. Y no me mires con cara de pena. Si no pensaras tanto en el pasado, ¿no crees que ahora te estarías dedicando a algo completamente diferente?

–¿Diferente de qué?

Pagaron la cuenta y se levantaron para irse. Amy era reacia a marcharse. Probablemente se debía al hecho de que no había conseguido hacerle entender su punto de vista, lo que había sido el motivo del encuentro de aquella noche.

–Dímelo tú. Estoy seguro de que, cuando eras una niña, tu sueño no era dedicarte a la caridad.

–No es caridad –repuso Amy enérgicamente, caminando con la cabeza bien alta, a pesar del ligero mareo que sentía–. Y además, fue la manera de aprender mientras trabajaba.

–¿Nunca te has preguntado qué hubiera pasado si hubieras seguido estudiando? –preguntó Rocco, abriéndole la puerta del coche en un gesto de cortesía que la sorprendió.

Amy esperó a que él entrara antes de contestar.

–No lo sé, pero eso ya no importa. Por cierto, ¿recuerdas cómo volver hasta mi casa?

–Sí, más o menos –contestó Rocco y comprobó que era más de medianoche–. Creo que necesitas entregarte a los demás y la manera que has encontrado para conseguirlo es a través de esos proyectos a los que te dedicas. ¿No crees que el haber pasado tanto tiempo cuidando a tu padre es el motivo por el que antepones la vida de los demás a la tuya?

–Eso es una tontería.

–Quizá te acostumbraste desde muy joven al tipo de trabajo que haces –insistió Rocco.

–¡Me gusta mi trabajo! –protestó Amy–. Y no trates de convencerme de que es una pérdida de tiempo.

–Tengo que reconocer que mi opinión ha mejorado un poco esta noche –admitió Rocco sorprendiendo a Amy. Antes de que ella pudiera decir nada, añadió–: Pero sigo pensando que es una pérdida de recursos muy valiosos.

–¡Así que ahora somos muy valiosos! –exclamó Amy, observando el perfil de Rocco–. Bueno, al menos creo que hemos avanzado algo.

Amy le dio indicaciones para llegar a su casa y procuró no mirarlo.

–¿Cómo conseguiste reunir a tu equipo? –preguntó él.

–A través de entrevistas.

–¿Quién las hacía? ¿Tú?

–Te parece extraño, ¿verdad? Pobre de mí, sin estudios y con apenas unos años de experiencia a mis espaldas.

–Dice mucho de ti y de lo que eres capaz de hacer –observó Rocco–. ¿Qué te parecería venirte a Nueva York a trabajar?

–¿Cómo?

–Nueva York. A mi compañía le vendría bien alguien como tú. Inteligente, dispuesta a correr riesgos, competente y sin esas tontería de las mujeres que tanto distraen en el ámbito laboral.

Amy se quedó sorprendida, especialmente la última parte de su comentario. Sabía lo que había querido decir con aquellas palabras. Era lo suficientemente discreta como para no destacar entre sus compañeros masculinos.

Amy parpadeó tratando de contener las lágrimas y disimuló soltando una carcajada.

–No se me ocurre una idea peor –dijo, «que trabajar para un ser tan insensible como tú», pensó–. Soy muy feliz aquí haciendo lo que hago.

–Eso puede estar a punto de acabarse.

–En ese caso, buscaré otro trabajo, algo por lo que considere que merece la pena esforzarse y que no tenga que ver con el maldito dinero.

–¿Y qué trabajo puede ser ése?

–No lo sé. Siempre podría ir a la universidad y conseguir un título –respondió Amy–. Es algo que siempre había querido hacer.

–No me digas, ¿de verdad?

Antes de que Rocco siguiera haciendo preguntas, llegaron a casa de Amy.

–Gracias por la cena –dijo abriendo la puerta del coche. Se sorprendió al verlo salir detrás de ella.

–Me gusta ser un caballero –dijo leyéndole el pensamiento, mientras ella sacaba las llaves de su bolso. Rocco las tomó y abrió la

puerta antes de que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

Amy pasó a su lado y entró en su casa. Él la siguió hasta el pequeño vestíbulo.

–¿Sabes volver a casa de tu padre? –dijo Amy tratando de deshacerse de él. Se estaba empezando a poner nerviosa.

–Me vendría bien una taza de café –dijo Rocco ignorando su pregunta–. Me espera un largo camino de vuelta.

–No tardarás en volver. A esta hora apenas hay tráfico –repuso Amy. Se hizo un tenso silencio y sintió un nudo en la garganta–. Claro que si quieres una taza de café...

Claro que quería ese café. Especialmente al ver lo reticente que estaba ella para invitarlo. Aunque tomar café en su casa a aquella hora no era lo más inteligente que podía hacer. Miró a su alrededor. La casa era pequeña pero confortable. El mobiliario había sido cuidadosamente elegido. De repente, advirtió que Amy lo estaba observando y se giró hacia ella.

–El salón está por aquí –indicó ella señalando una puerta a la derecha–. Ponte cómodo mientras preparo el café.

–No será una molestia, ¿verdad?

–Claro que no. Después de todo, tú me has invitado a cenar.

Amy se dio media vuelta y desapareció en dirección a la cocina. Rocco pasó al salón. Era la primera vez que se encontraba en aquella situación. Normalmente, eran las mujeres las que insistían en ir a su casa y él se veía obligado a acceder. Mientras escuchaba los ruidos provenientes de la cocina, se preguntó por qué había querido alargar la velada con aquella mujer, en lugar de estar camino de su casa.

De repente, sonó el teléfono. Rocco contestó de manera automática y cuando ella entró al salón, él ya había colgado.

–Me ha parecido oír el teléfono –dijo Amy apareciendo en el umbral de la puerta.

–Sí, ha sonado.

Amy miró el aparato.

–¿Por qué no me has llamado?

–¿E interrumpirte mientras preparabas el café? –bromeó Rocco. Pero Amy estaba molesta y puso los brazos en jarras–. Era tu novio.

–¿Sam?

–Sí, le pregunté si quería que te avisara, pero me dijo que no quería molestar y que te llamaría por la mañana.

–No eres quién para contestar mis llamadas –protesto Amy.

–¿Cuál es el problema?

–¿El problema? –dijo Amy mirando furiosa a Rocco y

preguntándose lo que estaría pensando Sam en aquel momento–. El problema es que tú has contestado el teléfono. Ése es el problema. Será mejor que llame ahora mismo a Sam y le explique. Aunque si lo hago, va a pensar que me siento culpable por algo.

Amy suspiró y se dejó caer sobre una silla.

Capítulo 5

Rocco dejó a Amy en el salón sumida en sus pensamientos y se fue a la cocina para preparar la bandeja con el café y las tazas.

La decoración de la casa era muestra de que aquella mujer tenía muy buen gusto. La cocina era muy acogedora. Las paredes estaban pintadas de color amarillo y en lugar de cortinas había unas contraventanas de color verde.

Regresó al salón y comprobó que Amy no se había movido de donde estaba.

–¿Quieres café? Creo que no te vendrá mal, sea cual sea el problema que tienes –dijo Rocco sentándose en el sofá.

–No tengo ningún problema –contestó Amy irritada y se quedó observándolo fijamente.

Sentía que, de alguna manera, el que Rocco hubiera preparado el café en su cocina había sobrepasado los límites de su intimidad. Ni siquiera sus compañeros de trabajo, a los que conocía desde hacía años y que habían estado en su casa en numerosas ocasiones, lo habían hecho.

–No creo que sea para tanto que yo haya contestado la llamada de Sam. No exageres. ¿Le habías dicho que íbamos a pasar la tarde juntos?

–Claro que sí –contestó Amy. No le gustaba el doble sentido de aquella pregunta, pero tenía que reconocer que literalmente había sido así–. Sabía que íbamos a tratar unos asuntos de trabajo. De hecho le pareció una buena idea que conocieras de primera mano nuestro proyecto.

–Pues deja ya de preocuparte.

–Pero estoy segura de que no pensó que acabaríamos cenando juntos.

–Lo dices como si en vez de cenar hubiéramos acabado en la cama –dijo Rocco mirándola con sus intensos ojos azules.

Aquella idea le pareció sugerente. Él y ella en la cama. La había visto en aquella reunión hablando de manera entusiasta y convincente a los asistentes, que la escucharon con atención y respeto. Era una mujer totalmente diferente a las mujeres con las que solía salir y aquello constituía un reto para él.

De repente, Rocco apartó aquellos pensamientos de su cabeza y

recordó que trabajo y placer no eran una buena combinación. Siempre había evitado involucrarse con mujeres del trabajo. Además, él era su jefe y había decidido prescindir de la filial en la que ella trabajaba.

–No seas ridículo –protestó ella.

–No lo soy –dijo Rocco apoyando los codos sobre sus rodillas, mientras sostenía la taza de café entre sus manos–. Te comportas como si hubieras hecho algo malo. Si ese hombre confía en ti, no tiene motivo para enfadarse porque yo haya contestado al teléfono.

–Por supuesto que Sam confía en mí –dijo Amy con rotundidad, aunque sabía que al día siguiente le haría todo tipo de preguntas.

–¿Cómo te sentirías tú si llamaras a tu novia a estas horas de la noche y contestara un desconocido?

–Yo no soy ningún desconocido.

–Sabes a lo que me refiero.

Rocco se encogió de hombros y siguió mirándola fijamente. Eso la incomodaba. Sabía que si en lugar de ser un hombre atractivo fuera gordo y calvo, no se sentiría tan culpable de tenerlo allí en su casa tomando café a una hora en la que ya debería estar durmiendo.

–Está bien. Admito que si llamara a mi novia por la noche y un hombre contestara al teléfono, me sorprendería y me preguntaría qué demonios estaría haciendo en su casa. Además si tuviera la más mínima sospecha de que me estuviera engañando, la dejaría inmediatamente.

–Así de simple, ¿no? –dijo Amy mirando a Rocco. Sentía curiosidad.

–Así de simple –afirmó Rocco con firmeza, chasqueando los dedos.

–¿Y no te sentirías triste?

–¿Triste? ¿Por qué?

–Es lo más lógico cuando descubres que una persona con la que mantienes una relación y a la que te has entregado te ha traicionado.

–No. Y deja ya de mirarme de esa forma –repuso Rocco. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquella conversación. Nunca le había gustado hablar de asuntos personales con nadie.

–Ahora entiendo por qué no entiendes que esté tan entregada a lo que hago –dijo Amy.

–No otra vez –gruñó Rocco.

Ella sonrió sin dejar de mirarlo.

–¿Qué quieres decir? ¿Que me repito?

Rocco contempló su sonrisa. Ahora se percataba de que la

iluminación del salón había sido cuidadosamente elegida para aquel momento, creando una atmósfera que invitaba a sentirse relajado y conversar.

–Por no decir que eres una cabezota que no se da por vencida fácilmente –añadió Rocco.

–Ese comentario no parece demasiado bueno.

–Ya sabes que yo no soy una buena persona.

–Ya me he dado cuenta –dijo Amy y se rió con ganas. Había conseguido olvidarse de Sam.

–Muchas gracias –dijo Rocco irónicamente con expresión divertida en los ojos. Hacía rato que había acabado el café–. Tengo que irme –añadió bruscamente dejando la taza vacía sobre la mesa.

–Claro –dijo Amy poniéndose en pie. No sabía por qué, pero se sentía decepcionada.

–Buena suerte para mañana.

–¿Por qué? ¿Qué pasa mañana?

–La conversación con tu novio –dijo Rocco camino al vestíbulo, seguido por Amy.

–¡Ah, claro! Creo que tenías razón, estaba exagerando. Sam me conoce bien y sabe que no haría nada, especialmente contigo.

–¿Conmigo? –dijo Rocco dándose media vuelta para mirarla.

Amy se sonrojó.

–Bueno. Le he dicho que quieres deshacerte de nosotros.

–No es cierto. Te he dicho que hay sitio en la compañía de mi padre para gente como tú, como todos vosotros. Ya hemos hablado de esto.

–De todas formas, Sam sabe que yo nunca... –Amy no supo cómo continuar.

–Nunca, ¿qué? –dijo Rocco y se quedó con los brazos cruzados en espera de una respuesta.

–Que nunca, ya sabes...

–No sé a que te refieres.

–Sí que lo sabes, Rocco –protestó Amy. Él seguía allí mirándola–. Sam sabe que no eres el tipo de hombre por el que me siento atraída. No creo que haya ninguna escena de celos mañana, créeme.

–No deberías fiarte de un hombre que no es celoso –le advirtió Rocco–. Un hombre enamorado es un hombre celoso y posesivo. Es un sentimiento innato y primitivo.

–Hoy en día, a las mujeres no nos gustan los hombres celosos –rió Amy nerviosa. Se sentía incómoda por no haber encendido todas las luces de la casa. Su intención había sido crear un ambiente acogedor.

–Sólo te estoy dando mi opinión. Los celos son consecuencia natural del amor.

–Bueno, Sam me quiere y no es celoso –dijo Amy. Rocco enarcó las cejas, incrédulo–. De hecho, me ha pedido que me case con él.

Se hizo un tenso silencio entre ellos y ella se sonrojó. Rocco se quedó con una extraña expresión en el rostro. Era evidente que aquel comentario lo había sorprendido y tardó unos segundos en reaccionar y poder articular palabra.

–¿Tengo que felicitarte? –preguntó por fin. Amy no contestó. Estaba deseando poner fin a aquella conversación antes de seguir ahondando en su vida personal–. Todavía no me has dicho qué le respondiste.

–El matrimonio es una decisión importante. Hay que pensarlo bien antes de dar el paso.

–Por supuesto –asintió Rocco en voz baja.

–Y Sam es muy comprensivo y está de acuerdo en que me tome el tiempo que necesite.

–Claro –dijo Rocco. Se apoyó en la puerta y cruzó los brazos.

Amy soltó una carcajada.

–Te estoy aburriendo con mis tonterías –añadió, consciente de que Rocco no tenía ninguna prisa por marcharse.

Dirigió una rápida mirada hacia el pomo de la puerta y comprobó que Rocco estaba apoyado sobre ella. La única manera de abrirla era haciendo que él se quitara, pero era difícil y más teniendo en cuenta sus dos metros de estatura y su cuerpo musculoso.

–Ya te he dicho antes que me gusta conocer la vida de mis empleados.

–Sí, ya me los has dicho.

–Quizá pueda ayudarte a resolver tu dilema –dijo Rocco pensativo mientas acariciaba su barbilla.

–¿Ah, sí?

–Una mujer que quiere casarse sueña con crear su propia familia y eso no es fácil de compatibilizar con el trabajo –afirmó Rocco. Aquel comentario machista hizo que Amy sintiera ganas de protestar, pero él continuó hablando–. Claro que puede que tu Sam sea un hombre de mentalidad abierta y no vea inconveniente en que sigas trabajando al ritmo que lo haces.

Cuando Sam le propuso matrimonio, le había dicho que debía dejar ese trabajo y buscar otro menos estresante, recordó Amy.

–Escucha, no vas a conseguir convencerme de que me case para deshacerte de mí. Además, no olvides que no sólo estamos hablando

de mí sino de otras cinco personas más.

–Ahora que lo dices, me gustaría reunirme con ellas enseguida.

–¿Para qué? –preguntó Amy, incómoda por los comentarios que Rocco había hecho sobre Sam, aun sin conocerlo–. ¿Vas a decirles algo diferente a lo que me has dicho a mí? No te molestes, ya saben cuáles son tus planes. Eres muy insensible.

–¿Eso te parece? –preguntó él con voz queda.

Amy sintió que el corazón le latía más deprisa.

–Sí –admitió–. Y sabes que tengo razón. Tú mismo lo has dicho, así que no me digas ahora que me lo estoy inventado y que me estoy inmiscuyendo en tu vida privada. No te das cuenta de que hay otros puntos de vista además del tuyo.

Rocco estaba sorprendido por la manera tan directa en que le estaba hablando sin medir las consecuencias. De pronto, la agarró de la cintura y la atrajo hacia sí. Su movimiento la pilló desprevenida y Rocco se alegró por ello. Amy lo miró con ojos de sorpresa y antes de que pudiera percatarse de lo que estaba pasando, Rocco inclinó la cabeza para demostrarle que no era tan frío e insensible como pensaba.

Unos segundos antes de que sus bocas se unieran, Amy se percató de lo que estaba a punto de suceder y se dejó llevar, sintiendo sus cálidos labios y el roce de su lengua contra la suya. Rocco acarició su cuello y ella se estrechó contra él, disfrutando de aquella sensación tan cálida y maravillosa que la recorría y que hasta entonces nunca había conocido. Sentía su pecho contra el suyo y sus pezones se endurecieron.

De repente, Amy volvió a poner los pies sobre la tierra y se apartó bruscamente de él.

–¿Qué crees que estás haciendo? –dijo con voz temblorosa. De hecho, sentía que todo su cuerpo temblaba.

Rocco se percató y sintió un profundo placer. Quiso hacerle la misma pregunta, pero se contuvo. ¿Por qué pensaba casarse con otro hombre cuando había reaccionado con tanta pasión? Aquella mujer estaba jugando con fuego y eso lo excitaba.

–Creo que está claro –dijo sin mirarla a la cara y abrió la puerta, dejando entrar el fresco aire de la noche.

Amy estaba molesta. Lo había acusado de ser frío e insensible y él había tratado de mostrarle lo confundida que estaba. Además, estaba enfadada consigo misma porque en el fondo reconocía que había disfrutado de ese beso. En lugar de separarse de él, se había dejado llevar y le había correspondido. Y nada podía justificar su reacción.

–Será mejor que te vayas –dijo Amy tratando de borrar todo sentimiento de culpa.

–No sé cuánto de seria es tu relación con ese hombre a la vista de cómo me has besado.

–Me has tomado por sorpresa, eso es todo –dijo ella sonrojándose.

Él también se había quedado impresionado por aquel beso. Si ella no se hubiera separado, habría seguido besándola y quién sabe cómo hubieran acabado.

Rocco sonrió para sí mismo saliendo de la casa.

–No olvides la reunión con todos los miembros de tu equipo –dijo él camino al coche. Le diré a mi secretaria que te llame mañana para concertar la fecha.

Amy cerró la puerta dando un portazo. Había empezado a relajarse, pero en su boca todavía recordaba el sabor de aquel beso.

Media hora más tarde, dormía plácidamente en la cama.

A las seis y cuarto de la mañana, el sonido del teléfono la despertó. Era Sam. Tardó unos segundos en lograr entender lo que le estaba diciendo. En definitiva, confiaba en que su encuentro con Rocco Losi hubiera sido satisfactorio y le proponía verse después de trabajar.

–Te iba a llamar más tarde, pero tengo que asistir a un curso y estaré todo el día ocupado.

Amy se incorporó y trató de prestar atención a lo que le decía. Quedaron en verse a las siete en la pizzería a la que solían acudir, aunque ella hubiera preferido quedarse en la oficina para adelantar trabajo.

Esperaba que de un momento a otro le preguntara el motivo de la presencia de Rocco en su casa la noche anterior, pero Sam no lo hizo. Así que Amy decidió contarle que lo había invitado a tomar café. De pronto, él la interrumpió diciéndole que no necesitaba rebajarse para persuadirlo y que, si al final no conseguía mantener su trabajo, tampoco iba a ser el final del mundo.

Cuando colgó el teléfono, estaba completamente despierta. Se había quedado sorprendida por la llamada. Así que decidió levantarse y prepararse para ir a trabajar.

A lo largo del día recordó varias veces la conversación con Rocco sobre los celos y pensó en lo importante que era basar una relación en la confianza.

A las cuatro y media, sonó su teléfono y una voz masculina hizo

que su corazón se acelerara. Era Rocco para concertar la fecha de la reunión.

–Estaré ocupado el resto de la semana –dijo y Amy se lo imaginó sentado en el despacho de Antonio con los ojos fijos en la pantalla del ordenador mientras le hablaba.

–Entonces, tendrá que ser la semana que viene –dijo pasando las páginas de su agenda, con la mente puesta en el beso que se habían dado la noche anterior.

–Pero tengo un hueco esta misma tarde. Creo que podré estar en tu oficina a eso de las seis, en cuanto termine lo que estoy haciendo –dijo él.

–No sé si va a ser posible –dijo Amy tratando de excusarse. No quería cancelar una vez más su cita con Sam, especialmente cuando había decidido cortar su relación. Tenía que decírselo cuanto antes para evitar que se hiciera falsas ilusiones.

–¿Por qué?

–La mitad del equipo está haciendo gestiones fuera de la oficina y...

–Llámalos inmediatamente y diles que tenemos una reunión a eso de las seis. Imagino que podrán dejar lo que están haciendo para saber lo que va a ser de ellos en el futuro.

–¿Y qué va a ser de ellos?

–No entremos en detalles ahora, Amy. Llámalos y diles que estaré en la oficina entre las seis y las seis y media. Luego, nos iremos todos juntos a cenar.

–Y eso, ¿para qué? ¿Para consolarlos? –preguntó Amy desafiante.

–Deja de tratarme como si fuera el enemigo –protestó Rocco al otro lado de la línea.

Se daba cuenta de que Amy estaba alterada. Y sabía que se debía a lo que había sucedido la noche anterior. De alguna manera, se había convertido en una amenaza para ella y no sólo en lo que a trabajo se refería. No solía inmiscuirse en la vida privada de otras personas. Pero en este caso, estaba deseando hacerle ver a aquella mujer que estaba a punto de cometer un gran error.

Pero ¿por qué se preocupaba de eso ahora que tenía muchas otras cosas más importantes en las que pensar? Tenía que celebrar varias reuniones a través de videoconferencia y organizar diversos viajes para dar a conocer su compañía a escala internacional.

–Está bien –recapituló Amy. Reuniría al equipo y ella se iría a su cita con Sam. Al fin y al cabo, Rocco Losi no le iba a decir nada nuevo. Aquel hombre era una máquina de hacer dinero con un

corazón de piedra y estaba decidido a cerrar la filial en la que trabajaban.

–Confío en verte en la reunión –dijo Rocco.

–Tendré que asegurarme de que esta vez no nos falte café –repuso Amy, evitando responder a aquel comentario–. No puedo asegurarte que los miembros del equipo se muestren entusiasmados por esta reunión, pero será mejor que seas tú quien les dé las malas noticias.

–¿De qué estás hablando?

«Buena pregunta», pensó Amy. El simple hecho de oír su voz a través del teléfono la aturdía.

–¿A qué hora crees que llegarás? –preguntó ella en tono cortante–. No quiero hacerlos esperar toda la tarde. Marcy tiene hijos pequeños y tendrá que buscar a alguien que los cuide hasta que llegue.

–No más tarde de las seis y media –contestó Rocco dando por concluida la conversación.

A esa hora, Amy ya estaba en su casa, preparándose para su cita con Sam. Había logrado reunir a su equipo y les había comunicado que el «gran jefe» quería verlos. Les había asegurado que su presencia no era necesaria ya que sabía lo que Rocco quería decirles, por lo que no se quedaría. Por último, les había confiado a sus amigos y compañeros que iba a verse con Sam en la pizzería para romper su relación con él.

Aquellas personas eran la única familia que tenía, pensó mirándose al espejo. Muy pronto, Antonio se iría a Italia y sólo podría hablar con él por teléfono o por correo electrónico. Por eso, no era de extrañar que fuera tan protectora con ellos y tuviera tanto interés en que conservaran sus empleos. Algo que Rocco Losi nunca entendería.

Se preguntó si ya habría llegado a la oficina. Sentía curiosidad por saber cuál habría sido su reacción al ver que ella no estaba.

Pero tenía otras cosas en las que pensar. No iba a ser fácil su encuentro con Sam.

Llegó tarde a la pizzería y ya la estaba esperando. Por un momento, mientras se aproximaba a la mesa sonriendo con nerviosismo, comparó a Sam con Rocco y se le encogió el corazón.

–Llegas media hora tarde –dijo él a modo de saludo, comprobando la hora en su reloj.

–He encontrado mucho tráfico de camino –contestó Amy

mirando a su alrededor. Nunca antes se había parado a pensar en lo vulgar que era aquel lugar.

–Pareces cansada –afirmó–. Imagino que las cosas no van como te gustaría con el italiano, ¿verdad?

–Se llama Rocco.

Sam alargó su mano para acariciar la de Amy, pero en un rápido gesto instintivo ella la retiró. No sabía cómo decirle aquello. Sam, como de costumbre, tomó la palabra y empezó a contarle con todo lujo de detalles el curso al que había asistido ese día y las personas que había conocido.

–Escucha –dijo Amy cuando por fin Sam hizo una pausa en su aburrido monólogo–. He estado pensando y hay algo que debo decirte.

Capítulo 6

Rocco no tuvo problemas en encontrar la pizzería ni en dar con la mesa que ocupaban Sam y Amy. Apenas había gente en el restaurante, tan sólo un par de camareras hablando tranquilamente a la entrada y unos ocho comensales. Estaba tan silencioso que parecía que estaban en una biblioteca.

Cuando las camareras se percataron de su presencia, él ya se dirigía hacia la mesa en la que Sam y Amy conversaban animadamente. Al verlos, sintió un arrebato de celos.

Ninguno de los dos lo había visto todavía y se quedó paralizado observándolos. Estaban absortos el uno con el otro y por fin se decidió a acercarse hasta ellos.

–¿Interrumpo? –dijo Rocco apoyando ambas manos sobre la mesa.

Antes de que pudieran contestar acercó una silla y se sentó.

Amy fue la primera en romper el tenso silencio que se había hecho entre ellos. Se había estado preguntando cuál habría sido la reacción de Rocco al comprobar que no había asistido a la reunión. Ahora lo sabía.

–¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Rocco se encogió de hombros y miró a Sam. Era justo como se lo había imaginado. Por la expresión de su rostro, era evidente que era un hombre apagado y conformista. Rocco había conocido a otros hombres como él, para los que el dinero era la causa de los mayores males que podían encontrarse y para los que protestar era más fácil que procurarse un futuro mejor.

Rocco se giró para mirar a Amy y ella separó rápidamente sus manos de las de su novio. Parecía enojada y sintió un profundo deseo de hacerla cambiar de opinión y evitar que se casara con aquel hombre. Aunque no le gustaba inmiscuirse en la vida de sus empleados, había decidido hacer una excepción. Estaba seguro de que a la larga se lo agradecería.

–Soy Rocco Losi y tú debes de ser Sam –dijo extendiéndole la mano.

–No has contestado a mis preguntas –protestó Amy.

–Enseguida lo hago –dijo haciendo una señal a la camarera–. Primero, necesitamos un poco de vino –Rocco pidió una botella y

Sam le advirtió que él no tomaba vino–. Todo el mundo bebe de vez en cuando. Excepto los que se resisten a la tentación. Siempre he creído que es bueno sucumbir a la tentación.

–Estamos encantados de oír esos comentarios tan sabios –dijo Amy con ironía–. Pero ¿te importa decirme por qué estás aquí?

Amy estaba molesta porque Rocco los había interrumpido y no había podido decirle a Sam lo que tenía pensado.

–Teníamos una reunión y…

–¿Fuera de la jornada laboral? –intervino Sam–. Amy no tiene obligación de trabajar más tarde de las cinco. Su horario es de nueve a cinco, así está establecido en su contrato.

Rocco lo miraba como si no hubiera entendido nada de lo que le había dicho.

–Me ha sorprendido no verte.

«No digas nada, Sam», pensó Amy.

–No pensé que fueras a decir nada nuevo –dijo ella en tono calmado, deseando deshacerse de él para poder terminar su conversación con Sam–. No creí que mi presencia fuera necesaria.

–Los miembros de tu equipo no están de acuerdo –puntualizó Rocco, mirándola con frialdad–. Por eso me han indicado dónde podía encontrarte.

La camarera llevó el vino y Rocco lo probó. Era malo. Además, beber solo mientras aquellos dos enamorados esperaban pacientemente a que se fuera no le pareció una buena idea y decidió que tenía que irse.

Nunca se había sentido como en aquel momento. Era un hombre respetado y admirado, que trabajaba sin descanso y que tenía dinero para hacer realidad todos sus sueños. Pero una voz en su interior le decía que no era feliz y aquella angustia se había incrementado al ver a aquella mujer con otro hombre. Para colmo de males, la relación con su padre enfermo no era buena desde hacía años.

Así que lo mejor era irse y se puso de pie bruscamente.

–Quizá puedas venir a mi oficina mañana. Eso si encuentras un hueco en tu agenda.

–No es justo –dijo ella.

–Amy trabaja muchas horas, señor Losi –dijo Sam, molesto porque lo estaba ignorando.

–Puedo defenderme yo sola, Sam –lo interrumpió Amy con tono irritado–. Estaré allí a primera hora de la mañana.

–No te molestes, Sam –dijo Rocco en tono conciliador–. Siempre estoy abierto a oír la opinión de otras personas.

–Bueno –dijo Sam, sintiéndose apreciado y dispuesto a hacerse escuchar–. Me alegro de oír eso, señor Losi. Deje que le diga que otros en su posición no prestan la suficiente atención a lo que otras personas tienen que decir. Me llama la atención el hecho de que use el término «personas», abarcando a hombres y mujeres. En muchas ocasiones, el papel de las mujeres en nuestra sociedad es olvidado y ellas so fundamentales.

Amy suspiró mientras Rocco mostraba una exagerada expresión de interés en su rostro ante lo que Sam estaba diciendo. Por fin, tras unos interminables minutos, Sam concluyó.

–Será mejor que os deje –dijo Rocco sonriendo.

Se dio media vuelta y se marchó. Aquel estúpido se acabaría casando con ella, pensó mientras se metía en el coche dando un portazo. Estaba convencido de que antes o después, ella se arrepentiría.

Estaba saliendo de la ciudad, cuando decidió cambiar de rumbo y dirigirse a la zona donde había cenado con Amy. Necesitaba rodearse de otras personas, así que decidió tomarse una copa en alguno de los concurridos locales nocturnos.

Se sentó al final de la barra de un bar y pidió un whisky. Se quedó sumido en sus pensamientos recordando los días en que la relación con su padre le había hecho tomar la decisión de irse a Nueva York. Esa ciudad había sido su tabla de salvación.

Había encontrado los recortes de prensa que Amy le había dicho. Estaban ordenados cronológicamente y guardados en un gran álbum, junto a otras fotografías suyas de cuando era niño.

Apenas había visto a su padre desde que había regresado a Inglaterra y cuando lo había hecho, había sido en presencia de otras personas y por motivos de trabajo.

Terminó su tercer whisky y se percató de que no estaba en condiciones de conducir, así que decidió dejar el coche allí aparcado. No quería regresar a la soledad de su casa. Necesitaba compañía, pero todos sus amigos estaban en Nueva York. De haber estado allí, habría llamado a cualquiera de ellos, por no mencionar a las mujeres que hubieran estado dispuestas a hacerle olvidar sus pensamientos. Sin embargo, en Inglaterra su vida social brillaba por su ausencia y no tenía a quién recurrir.

Tomó un taxi y ante la perspectiva de llegar a una casa solitaria, decidió hacer una visita a Amy. Cuanto más lo pensaba, mejor idea le parecía. No sabía por qué, pero era así. Notaba que no podía pensar con claridad. Le dijo la dirección al taxista y se relajó.

Media hora más tarde, Amy oyó el timbre de la puerta y suspiró.

La última hora y media había sido la más larga de su vida. Tan pronto como Rocco salió del restaurante, Sam la animó a que hablara, seguro de que iba a recibir una respuesta afirmativa a su propuesta de matrimonio. Luego, mientras le explicaba que no quería comprometerse, la sonrisa fue borrándose de su rostro dando paso a una expresión de incredulidad.

–Pero... no entiendo –le había dicho–. Nos llevamos tan bien... Tú misma lo dijiste.

–Sí, pero...

Ésa había sido la respuesta a todos y cada uno de los comentarios que le había ido haciendo: que si se compenetraban a la perfección, que si tenían las mismas aspiraciones en la vida, que si ninguno de los dos fumaba... Al final, no le quedó más remedio que decirle lo que era evidente: que no estaba enamorada de él.

Sam se había enfadado mucho y le había reprochado que con su actitud le había dado falsas esperanzas aprovechándose de su buen corazón. Además, le había dicho que tenía que estar agradecida de su proposición matrimonial y que si seguía tan entregada a su trabajo, acabaría convirtiéndose en una solterona. Por último, añadió que las veces que había cancelado sus citas no era más que una prueba más de su falta de interés en mantener la relación.

Había regresado a casa triste y desilusionada. Se había quitado la ropa y la había metido en la lavadora, como si el hecho de lavarla inmediatamente pudiera borrar aquellos sentimientos. Llevaba puestos unos anchos pantalones grises de pijama y una camiseta.

Ahora, estaba convencida de que quien llamaba a su puerta era Sam, que más calmado vendría a pedirle una segunda oportunidad. Abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad y comprobó que no era Sam el hombre que estaba ante su puerta.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó sorprendida.

Rocco no supo encontrar una respuesta convincente, ya que ni él mismo lo sabía. Se quedó allí inmóvil, observándola.

–¿Vas a dejarme pasar? ¿Te he pillado ocupada? Eso que llevas puesto no es nada sugerente –comentó mirándola de arriba abajo.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón y se apoyó en el quicio de la puerta para evitar que la cerrara.

–No estoy haciendo nada. ¿Qué haces aquí? No, no me lo digas. Has venido a regañarme por no asistir a la reunión. ¿Es que nunca dejas de pensar en el trabajo? –dijo dejándolo entrar y guiándolo

hasta la cocina–. ¿Quieres un café? –añadió y se giró. Comprobó que Rocco estaba muy cerca de ella y vio un extraño brillo en sus ojos–. Siéntate a la mesa y cuéntame lo que ha pasado en esa reunión. Pensaba ir a tu oficina mañana para que me pusieras al día.

Amy se afanó en preparar el café y sacar las tazas, consciente de que Rocco la observaba desde la silla en la que se había sentado. Se lo veía un tanto desaliñado, pero tan atractivo como siempre.

–Pensé que estarías con tu novio –dijo Rocco estirando las piernas.

–¿Qué pretendes? ¿Ponerlo en ridículo otra vez?

El solo hecho de mencionar a Sam la incomodaba. No quería hablar de él y recordar todas las cosas que le había dicho. Ya era bastante duro asumir el fracaso de aquella relación como para contárselo a Rocco.

Pero él no había ido hasta allí para interesarse por su vida privada, sino para hablar de trabajo.

–¿De veras crees que era eso lo que pretendía? –preguntó Rocco.

–Sí, y tú sabes que es cierto. Era evidente que no tenías ningún interés en escucharlo.

Rocco apretó los dientes y pensó que después de todo, no había sido una buena idea ir a verla. Oírla defender a su novio, combinado con el efecto que las tres copas de whisky le estaba produciendo, le estaba levantando un dolor de cabeza.

–¿Te importa si nos ponemos cómodos en el salón? Me duele la cabeza –preguntó y, sin esperar respuesta, se levantó y salió de la cocina.

Entró en el salón y se tumbó cuan largo era en el sofá. Al verlo así, se sintió aturdida.

–¿Quieres que te traiga algo, necesitas una aspirina?

–No, gracias. Lo único que te pido es que no enciendas la luz –le dijo Rocco.

La única iluminación era el resplandor que provenía del pasillo. Allí tumbado se encontraba mejor. Se sentía mal, pero no era sólo debido al dolor de cabeza que tenía. Lo que realmente lo incomodaba eran todos aquellos dolorosos recuerdos. Por algún motivo que desconocía, en casa de Amy se sentía mejor.

–He encontrado el álbum –dijo él en tono confidencial.

–¿Cómo dices?

Rocco se giró y la miró. Se había sentado en una silla y estaba inclinada hacia delante para escuchar con atención lo que él decía.

–El álbum de mi padre. Lo he estado mirando.

Amy sonrió.

–Caer en la tentación es bueno. Tú mismo lo dijiste en el restaurante. ¿Quieres hablar de ello?

De repente, hablar de su futuro y del de sus compañeros no le parecía lo más importante. Su corazón latía con fuerza. Se sentía al borde de un abismo. Sólo quería oírlo hablar de sí mismo.

–¿Por qué querría hablar de ello? –preguntó Rocco impulsivamente, celoso de su intimidad.

–Por nada en especial.

Él se quedó callado unos instantes y por fin, habló.

–No esperaba que mi padre hubiera guardado toda esa información –dijo colocando un brazo detrás de la cabeza.

–Siempre ha estado interesado en todo lo que hacías –comentó Amy con expresión dulce.

–También ha guardado fotografías mías –continuó Rocco–. No sé por qué te estoy contando esto.

Amy sabía que no le gustaba hablar de sí mismo.

–Si quieres, podemos hablar de la reunión –dijo ella y tomó un sorbo de café, incapaz de apartar los ojos de él.

–Eran fotografías de cuando era niño. En algunas estoy posando, pero otras las tomó sin que me diera cuenta. Debía de estar todo el día con la cámara.

–Los padres suelen hacer eso.

–El mío no. Mi padre hacía cualquier cosa por mantenerme alejado. Creo que lo que pretendía era no recordar a su amada esposa que murió dándome a luz.

–Lo siento –dijo Amy con expresión triste.

–No tienes por qué.

Rocco se sentía extraño. No le gustaba hablar de su vida privada. Eso lo hacían las personas inseguras, personas que no tenían la suficiente fortaleza como para asumir sus propios problemas y necesitaban del apoyo de otros. Pero él, no.

–Lo que dices no tiene sentido. ¿Por qué si no iba a haber guardado todas esas fotos durante todos estos años?

–Eso quisiera saber.

–¿Se lo has preguntado?

–¿Te has vuelto loca?

–Deberías hacerlo.

–Mi padre necesita descansar. Además, pronto estará camino de Italia –señaló Rocco.

Se dio cuenta de que Amy lo interrogaba con verdadero interés y no para curiosear. Si hubiese sido otra persona la que le hacía las

preguntas, haría rato que aquella conversación habría terminado.

–Puedes ir a verlo y hablar tranquilamente con él.

Se quedaron en silencio. Amy intuía la confusión que Rocco sentía al haber averiguado todo aquello del hombre que lo había ignorado desde niño. Se levantó de la silla y se acercó al sofá. Se puso de cuclillas frente a él y sintió unos deseos irresistibles de acariciarlo. Aquella oscuridad podía ser buena para los dolores de cabeza, pero sentía que estaba mermando su sentido común. Rocco Losi necesitaba su ayuda. Allí, a escasos centímetros de él, un sentimiento especial la embriagaba y no tenía nada que ver con la compasión que sentía. Amy comenzó a apartarse, pero Rocco alargó la mano y la tomó por la nuca.

–Quédate –susurró él–. Quiero que te quedes cerca de mí.

De repente, Rocco supo la razón que lo había llevado hasta allí. No tenía nada que ver con el whisky. Había ido a verla para hacerle comprender que no debía aceptar la propuesta de matrimonio de Sam.

–Querías hablar de la reunión –sugirió Amy, respirando pesadamente. El roce de sus dedos la había hecho estremecer, al igual que le había ocurrido cuando lo besó.

–Ya hablaremos de eso –dijo Rocco acariciando un mechón de pelo de Amy–. ¿Sientes lástima por mí?

–Creo que tanto tu padre como tú, cometisteis un error y los dos sois demasiado orgullosos para admitirlo –dijo Amy bajando la mirada, pensando en el gran error que ella misma habría cometido de casarse con Sam.

Rocco la atrajo hacia sí y sus labios se encontraron con el deseo acumulado de los últimos días. Deseaba explorar cada centímetro de aquel cuerpo de mujer.

Aquello no estaba bien, pensó Rocco de pronto. Era una mujer comprometida y seguro que incluso tenía ya una fecha para casarse. Él siempre había respetado a las mujeres casadas o comprometidas con otros hombres. Pero decidió hacer una excepción. Al fin y al cabo, estaba dispuesto a demostrarle que no amaba a aquel hombre con el que se iba a casar. Y estaba claro que no estaba equivocado por el modo en que ella le estaba devolviendo el beso y acercándose cada vez más a él.

–Túmbate junto a mí.

–Rocco...

–No digas nada. Lo estás deseando. Los dos lo estamos deseando.

Amy suspiró. Todo el cuerpo le temblaba. Aquél no era el tipo de hombre que le gustaba. Toda su vida había deseado encontrar

una relación que le proporcionara amor y seguridad. Pero Rocco Losi no parecía el hombre más adecuado para aportarle esa seguridad que ella necesitaba. Él estaba acostumbrado a tener todo aquello que deseaba. Su sentido común le decía que se apartara, pero sus caricias estaban despertando en su interior sensaciones que hasta entonces desconocía.

Se acostó en el sofá junto a él y arqueó su cuerpo contra el de Rocco. Amy inclinó la cabeza hacia atrás y él la besó en el cuello. No llevaba perfume y su aroma era dulce y fresco, tal y como lo había imaginado. No había nada artificial en ella.

–¿Estás bien? –preguntó Rocco. Necesitaba saber cómo se sentía antes de deslizar su mano bajo la camiseta que llevaba puesta y acariciar sus pechos.

–Muy bien –murmuró Amy.

Aquellas palabras dispararon sus sentidos. Deseaba acariciar cada centímetro de su piel y hacerle olvidar los hombres que hubiera conocido anteriormente. Quería hacerse dueño de sus pensamientos y de su cuerpo.

–Desnúdate para mí –susurró Rocco.

Amy se incorporó y se alegró de estar a oscuras para que no viera cómo se sonrojaba. Nunca se había desnudado ante la atenta mirada de un hombre.

Se quitó la camiseta. Rocco se había incorporado para observarla. Menos mal que el sofá era grande, pensó Amy mientras deslizaba los tirantes del sujetador. Había comprado aquel sofá para relajarse viendo la televisión e incluso poder dormir allí.

–Túmbate a mi lado.

–¿Te gusta dar órdenes incluso cuando haces el amor? –preguntó Amy con ironía. En el fondo, estaba disfrutando cumpliendo sus deseos.

–¿Te molesta?

A pesar de la escasa luz, Amy vio cómo Rocco esbozaba una sonrisa. Entonces, él se puso de pie y se quitó la ropa. Su cuerpo era magnífico: hombros anchos y fuertes, cintura y caderas estrechas y piernas largas y musculosas. Tenía el cuerpo con el que todas las mujeres soñaban.

Rocco volvió a tumbarse junto a su lado y ella dejó escapar un gemido de placer. Lo rodeó con sus brazos y lo besó intensamente, consciente de la rigidez que se evidenciaba en su entrepierna.

Rocco la hizo girarse y comenzó a besarla en el cuello. Deseaba disfrutar de aquel cuerpo. Acarició sus pequeños y turgentes senos. Sus pezones se pusieron duros y los mordisqueó. Un millón de

sensaciones la embargaron y cuando por fin su mano acarició el interior de su muslo, no tuvo ninguna duda de que lo único que deseaba era entregarse a él.

La mujer que vivía entregada a su trabajo y que llevaba años buscando el amor estaba dejando paso a una criatura desinhibida que tan sólo deseaba entregarse al hombre junto al que estaba.

De repente, todos sus pensamientos se detuvieron. Rocco acababa de encontrar el calor y la humedad que desprendía su entrepierna. El paraíso se estaba abriendo ante ella.

Capítulo 7

No sigas... –susurró Amy mientras Rocco exploraba con su boca sus pechos y continuaba bajando por su vientre.

Rocco se detuvo y la miró.

–¿No quieres?

–Nunca me han hecho eso.

–¿El qué? ¿Esto? –dijo él y volvió a acomodar la cabeza entre sus piernas.

Con destreza, Rocco movió su lengua entre sus pliegues. Amy jadeó y acarició su pelo, sintiendo el movimiento de su cabeza.

El intenso aroma de su sexo lo embriagaba y se sintió inmensamente satisfecho de ser el primer hombre que la hacía disfrutar de su cuerpo de aquella manera. Él, que había hecho el amor un sinfín de veces con mujeres experimentadas, estaba disfrutando como nunca.

Sus cuerpos estaba empapados en sudor y apenas podían controlar sus deseos. Rocco se colocó encima de ella y la penetró, moviéndose rítmicamente. Se contuvo hasta que supo que Amy estaba al borde del orgasmo y entonces se dejó llevar, embargado por una intensa sensación.

–¿Qué te parece si nos vamos al dormitorio? –murmuró Rocco y la besó dulcemente en los labios.

–El dormitorio está en el piso de arriba –contestó Amy con una sonrisa–. Me da pereza.

–En ese caso, eres afortunada por tener a un caballero de reluciente armadura a tu lado dispuesto a llevar a su dama hasta su lejano dormitorio del piso de arriba –bromeó Rocco. Antes de que Amy pudiera decir nada más, se levantó del sofá y la tomó en sus brazos.

Ella se aferró a su cuello. Todavía sentía que el cuerpo le temblaba.

–Es la segunda puerta a la derecha –indicó Amy en un susurro. Rocco abrió la puerta y la depositó sobre la cama–. Espero que tu espalda no se resienta por este esfuerzo.

–Estoy acostumbrado a levantar grandes pesos –dijo Rocco

divertido.

Se tumbaron uno junto al otro y Amy se incorporó sobre su codo para mirarlo.

–Me pregunto si ese comentario se lo haces a todas las mujeres con las que te acuestas.

No sabía nada de su vida amorosa, pero por lo que había visto a través de las páginas de crónica social de los periódicos había sido muy intensa. Era habitual verlo asistir a fiestas sociales dando el brazo a atractivas mujeres. Al fin y al cabo, era un empresario de éxito, millonario y muy guapo. Pero, por lo que había podido comprobar, ninguna de aquellas mujeres había estado a su lado demasiado tiempo.

Sentía una gran curiosidad por saber por qué aquel hombre que lo tenía todo, tanto en el plano físico como económico, no había sido capaz de mantener una relación duradera.

–Pues deja que te diga que es la primera vez que llevo a una mujer en brazos. Tú has sido la primera –añadió acariciando la suave piel del hombro de Amy. Todo su cuerpo transmitía delicadeza. Ahora, no entendía el gusto que siempre había tendido por las mujeres corpulentas.

–¿Entonces? ¿Cuáles son esos grandes pesos que levantas?

–En los veranos solía trabajar en una constructora. Entre otras cosas, me ocupaba de llevar los materiales y algunos de ellos eran muy pesados. Nunca me molestó la espalda, así que no veo por qué iba a hacerlo ahora. Por cierto, tienes una casa muy bonita. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en ella?

Amy se estaba dando cuenta de que aquel hombre tumbado junto a ella, que tanto placer le había dado, era totalmente diferente a cómo se lo había imaginado. ¿O sería que estaba aturdida debido al sexo y no pensaba con claridad?

Se sentía feliz, pero a la vez tenía un gran sentimiento de culpa. Apenas hacía dos horas que había cortado su relación con Sam y parecía como si nunca hubiera existido. ¿Qué estaría pensando de ella Rocco?

–Casi cuatro años –respondió ella.

La mano firme y cálida de él la hizo estremecer.

–Estuve buscando una casa para comprar durante meses. Desde el momento en que entré aquí, me enamoré de esta casa. Tiene el tamaño ideal y me gusta la zona.

La piel de su trasero era tan suave que Rocco no podía dejar de acariciarlo. Atrajo su cuerpo contra el suyo. Al instante, su miembro reaccionó ante su proximidad. Era evidente que ella se había

percatado de su reacción y lo acarició. No dejó de mirarlo intensamente a los ojos mientras jugueteaba con su erección.

–Te lo estás pasando bien, ¿verdad? –preguntó Rocco divertido y ella asintió con la cabeza.

–Sí –contestó Amy con una sonrisa traviesa.

–Eso me gusta –dijo él con complaciente satisfacción–. No quisiera interrumpir la diversión de una dama.

Entonces, Rocco comenzó a acariciarla nuevamente y comprobó que volvía a estar húmeda.

–¿De qué estábamos hablando? –preguntó Amy tratando de mantenerse calmada.

–De tu casa.

Pero era evidente que cada vez le era más difícil concentrarse en lo que decía mientras disfrutaban de sus cuerpos.

–Ah, sí –suspiró Amy mientras Rocco acariciaba su entrepierna.

–Quizá deberíamos dejar la conversación para luego.

Esta vez hicieron el amor lentamente en la cama. Rocco hizo lo que había deseado hacer en el sofá pero no había podido: explorar su cuerpo en profundidad. La tomó de las manos mientras saboreaba la dulzura de sus senos y lamía con suavidad sus pezones.

Amy sintió que se quedaba sin aliento mientras se dejaba llevar por él. Rocco jugueteó con su lengua en el ombligo de ella y siguió besándola hasta llegar a los dedos de los pies. Esta vez, ella no se sorprendió cuando Rocco saboreó su sexo.

Tenía un cuerpo perfecto que encajaba perfectamente con las suaves formas femeninas, tal y como comprobó cuando se sentó a horcajadas sobre él, inclinándose para provocar que sus pechos se balancearan provocativamente con cada sacudida.

Sin poder resistir por más tiempo la tentación, Rocco tomó sus pechos entre sus manos y los acarició mientras ella se movía cada vez más rápido, hasta que ninguno de los dos pudo contener la explosión de placer que recorrió sus cuerpos.

–Caray –fue todo lo que Amy pudo decir cuando recuperó el aliento.

Rocco sonrió. Pero de repente, la imagen de Sam vino a su cabeza. Necesitaba obtener una respuesta a la pregunta que le rondaba en la cabeza.

–Tenemos que hablar –dijo seriamente.

–Odio cuando la gente dice eso.

–¿Te has acostado con él? –preguntó Rocco sin más preámbulos.

Amy trató de incorporarse, pero no pudo. Él la sostenía sin posibilidad de dejarla escapar. Lo último que quería en ese momento era hablar de Sam. No quería responder, pero Rocco parecía dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario para obtener una respuesta. El placer que acababa de experimentar se había evaporado; estaba regresando a la dura realidad.

–No.

Rocco se sintió aliviado al escuchar su respuesta. «No es que me importe», pensó añadir, pero sabía que aquello era mentira.

–¿Has estado saliendo con un hombre durante meses y nunca te has acostado con él?

–No es tan extraño.

–Para mí, sí lo es. No sólo has estado saliendo con él, sino que además te ha pedido en matrimonio. Sin embargo, conmigo te acabas de acostar –dijo él.

Por primera vez en su vida, Rocco no encontraba palabras para expresar lo que quería decir.

–Ya lo sé. ¿Tenemos que hablar de este tema ahora?

–Estoy segura de que te das cuenta de que ese hombre y tú sois completamente incompatibles.

Amy volvió a intentar salir de la cama, pero se lo impidió. Después de los momentos que acababan de compartir, estaba seguro de que ella opinaba lo mismo que él.

Ahora comprendía lo que pasaba. Por alguna razón, Rocco había deducido que había aceptado la propuesta de matrimonio de Sam y, a pesar de ello, se acababa de acostar con él.

–Creo que deberías irte –dijo Amy secamente.

–¿Te incomoda este tema de conversación? –preguntó Rocco en tono cortante–. Te acabo de demostrar que no estás preparada para casarte con ese hombre. Por no hablar del modo en el que te has entregado a mí.

Así que era eso, pensó Amy enfadada. Se sentía humillada. Le había hecho el amor sólo para demostrarle que no estaba preparada para comprometerse con Sam. No sabía qué motivos podía tener para hacerlo, pero ahora lo veía claro: aquel hombre no tenía sentimientos. Seguro que sólo se había aprovechado de ella para entretenerse.

–Es imposible que sientas algo por ese hombre –continuó Rocco–, si nunca te has acostado con él. Desde luego que el sexo no es lo único en una relación, pero es muy importante.

–Quiero ir al baño –dijo Amy tratando de encontrar la manera de separarse de él.

Por un segundo, Rocco se lo impidió, pero al fin la dejó ir.

Algo había salido mal. Su intención había sido mostrarle que sus sentimientos por Sam no eran profundos, pero lo único que había conseguido es que se enfadase con ella..

Al cabo de cinco minutos, Amy regresó completamente vestida y con cara de pocos amigos.

–Así que piensas que si un hombre y una mujer no se acuestan juntos antes de casarse, no están preparados para dar el gran paso –dijo sentándose en uno de los sillones que estaban junto a la ventana y mirándolo con frialdad. No sabía cómo había sido tan tonta y había acabado en sus brazos.

–Vuelve a la cama –le pidió Rocco.

Amy lo ignoró.

–Para ti, una relación no dura más de lo que dura el sexo, ¿verdad? El amor y la confianza no cuentan.

–No cuentan si no hay pasión.

Amy dejó escapar una carcajada.

–Mira quién fue a hablar. ¿Acaso tienes más experiencia que yo? ¿Has estado casado? Probablemente nunca has tenido una relación seria en tu vida. Seguro que no has sentido nunca pasión por nadie.

Rocco retiró las sábanas bruscamente y se levantó de la cama furioso. Pasó junto a ella y salió de la habitación. Amy se quedo inmóvil preguntándose adónde iba y por qué verlo irse de aquel modo la hacía sentirse tan mal. Entonces, cayó en la cuenta de que Rocco había bajado a recoger su ropa, que se había quedado esparcida en el suelo del salón.

Rápidamente, se levantó y bajó las escaleras. Cuando llegó, él se estaba poniendo los pantalones.

–Así que sigues con la idea de casarte con él, ¿verdad? A pesar de lo que ha pasado entre nosotros esta noche, sigues manteniendo tu decisión, ¿no?

–¿Pero a qué decisión te refieres?

Rocco se quedó quieto y la miró con los ojos entrecerrados.

–Creía que...

–¿Qué? –preguntó Amy impaciente. Sentía que las piernas le temblaban.

–Cuando llegué a ese horrible restaurante, era evidente que estabas a punto de aceptar su propuesta de matrimonio.

–Estaba a punto de rechazarlo –lo corrigió–. Has sacado una conclusión equivocada. Así que no tenías necesidad de hacerme ver que estaba cometiendo un error.

Lentamente, Rocco se puso la camisa y comenzó a abrocharse

los botones.

–Explícate –le pidió él dando un paso hacia Amy.

–Ya me has oído. Está claro que lo único que querías era demostrarme que Sam no era el hombre adecuado para mí y por eso me has llevado a la cama.

–¿Que te he llevado yo a la cama? ¿Qué quieres decir? ¿Que te he obligado? –preguntó dando otro paso hacia ella.

–Yo… –tartamudeó Amy.

–¿Sí? –dijo mientras acababa de abrocharse la camisa.

–Olvídalo. No ha sido culpa tuya. Los dos nos hemos dejado llevar.

–Eso tiene más sentido.

Rocco esbozó una sonrisa y Amy sintió pánico. Sabía que si hacía un movimiento en falso, acabarían en la cama otra vez. Tenía que controlarse o estaría perdida.

–Podemos pasar horas discutiendo quién de los dos ha hecho qué y por qué, pero dejémoslo estar y seamos francos. Hemos hecho el amor y lo hemos disfrutado.

–¿Y qué?

–¿Por qué dejar de hacer algo que estábamos deseando?

–¿Es eso lo que haces habitualmente? ¿Te fijas en una mujer y no paras hasta que te la llevas a la cama?

–No me la llevo a la cama si ella no quiere.

Amy se quedó mirándolo fijamente. Estaba seria.

–Acababa de rechazar la propuesta de matrimonio de mi novio –dijo Amy con la mirada puesta en el último botón de su camisa. No tenía fuerzas para mirarlo a los ojos–. A ti puede no importarte, pero a mí sí. Para Sam y para mí no ha sido fácil. Le lanzó una rápida mirada a los ojos y comprobó que la estaba observando fijamente. Su expresión era indescifrable. No se había movido ni un ápice. Si era una maniobra para ponerla nerviosa, lo estaba consiguiendo–. Ya ves, no ha sido una noche fácil para mí. Así que cuando viniste, me dejé llevar y acabé acostándome contigo para olvidarlo.

Era una excusa tonta, pensó Amy. Si la situación no hubiera sido tan tensa, habría estallado en carcajadas.

–¿Que te dejaste llevar para olvidarlo?

Amy esperó unos segundos antes de contestar.

–No te sorprendas tanto. Estoy segura de que alguna vez tú también lo habrás hecho.

Rocco no dijo nada y la miró con desprecio. Salió del salón en dirección a la puerta de entrada de la casa. Tras unos segundos de

duda, Amy lo siguió.

–Ahora que hemos aclarado lo que ha pasado, confío en verte mañana por la tarde con tu equipo en mi oficina. Espero que esta vez sí asistas a la reunión. Si no, date por despedida.

Aquella amenaza dejaba entrever la verdadera personalidad de Rocco. Tenía dos opciones: obedecerlo o asumir las consecuencias. Pero no le cabía ninguna duda de que lo había dicho en serio.

Enfadada, Amy volvió a la cama, la misma que habían compartido un rato antes. Todavía guardaba el aroma masculino de Rocco, así que unos minutos después de haberse acostado, decidió levantarse e irse a dormir a la habitación de invitados.

Por fin, logró relajarse. Volvieron a su mente los recuerdos de sus cuerpos entrelazados. Nunca antes se había entregado a un hombre de aquella manera.

Al principio, Rocco le había producido rechazo. Le había parecido un hombre arrogante, pero no se había dado cuenta de en qué momento había cambiado de opinión y se había sentido atraída por él. Pero sabía que cuando él la había acariciado, ya no era la misma persona que había conocido. Ahora le parecía que hacía años que habían estado juntos en la cama, a pesar de haber transcurrido apenas una hora.

Le dolía pensar que él se había marchado enfadado con ella por haberle dicho que se había acostado con él para olvidar a su novio. En el fondo, sabía que Rocco tenía razón. Para que una relación funcionara, era necesario que existiera pasión, y ella no la sentía por Sam. Había sido una tonta por pensar que no era importante. Se había estado engañando a sí misma.

Se despertó siete horas más tarde con la sensación de no haber dormido y comprobó que se le había hecho tarde. Por ello, pasó el día pendiente del reloj, tratando de aprovechar el tiempo al máximo. A la hora de comer llamó a Marcy desde su teléfono móvil para decirle que estaba acabando unas gestiones y que se dirigiría directamente al despacho de Rocco para la reunión sin pasar por la oficina.

–Asegúrate de llegar a tiempo –le aconsejó Marcy–. No creo que al gran jefe le guste que vuelvas a perderte una reunión. Además, tienes que contarnos qué tal te fue la cena con Sam.

–No te preocupes, estaré allí. Voy a comer algo y dentro de un rato saldré para allá.

Pero Amy no contó con el tráfico que a esa hora se dirigía en su

misma dirección y que provocó que el trayecto durase veinte minutos más de lo habitual. Además, cuando ya estaba a punto de entrar a Stratford, fue desviada debido a unas obras.

Llegó cuarenta minutos más tarde de la hora fijada para la reunión y entró sigilosamente en la sala de reuniones.

–Lo siento –se disculpó–. Había mucho tráfico.

Los cinco miembros de su equipo estaban sentados en un extremo de la gran mesa y Rocco estaba de pie frente a ellos, junto al gran ventanal.

–¿Quiere alguien informar a la señorita Hogan de lo que se ha perdido?

Amy se quedó sorprendida. Volvía a dirigirse a ella de manera formal. En el fondo, no le extrañaba, aunque sintió una punzada de dolor en su interior mientras tomaba asiento junto a Dee y unía sus manos sobre el regazo.

Se hizo un tenso silencio y por fin Rocco continuó hablando con tono frío y neutro.

Continuó informándolos de lo que había hablado esa misma mañana con los directivos de la empresa. Su padre había decidido retirarse, aunque mantendría el control de las acciones de la compañía. Su decisión obedecía al consejo de los médicos, que lo habían convencido para que llevara una vida más tranquila.

En los correos electrónicos que Amy y Antonio se habían intercambiado él no había dicho nada de aquella decisión, pero era comprensible que no lo hubiera hecho.

–Esto me deja con pocas opciones –continuó Rocco–. La primera es vender la compañía. La segunda es que dos miembros del consejo pasen a ser socios de la compañía, cosa que mi padre vería con buenos ojos. La tercera y última opción es que yo mismo me ocupe de la compañía.

Se apartó del ventanal y se sentó a la cabecera de la mesa, mirando fríamente a Amy.

–¿Alguna sugerencia, señorita Hogan?

–Yo no soy quién para tomar una decisión al respecto, especialmente cuando no me cabe ninguna duda de que ya sabe lo qué va a hacer –respondió ella fríamente.

–Tiene razón. Ya he tomado una decisión. Voy a ocuparme de esta compañía personalmente. Voy a comprarle a mi padre la totalidad de las acciones.

–Y, ¿qué pasa con sus negocios de Nueva York?

–Los venderé al mejor postor. Durante los últimos cinco años, he recibido muchas ofertas. Con los beneficios que obtenga de la venta,

voy a hacer cambios en Construcciones Losi. Quiero establecer las oficinas centrales en Londres. Pero eso ya lo hemos tratado antes de que usted llegara.

Todos se quedaron en silencio durante unos instantes. Amy fue la primera en hablar.

–¿Y qué pasa con nosotros? –dijo mirando con preocupación las caras de sus compañeros.

Se sentía culpable. En un principio, su idea había sido convencerlo de lo importante que era mantener abierta la filial en la que trabajaban, pero en su lugar había acabado flirteando con Rocco.

–Lo importante es que... –comenzó Rocco y fue resaltando los valores de cada uno de los presentes. Era evidente que se había estudiado con detenimiento cada currículum–. Así que ésta es mi oferta y espero que cada uno tome su propia decisión.

Amy nunca pensó que Rocco haría un ofrecimiento que agradara a todos los miembros del equipo. Pero ahora veía que se había equivocado. Aquéllos que quisieran ser reubicados en las oficinas de Londres, además de supervisar la construcción de la nueva sede central, recibirían importantes beneficios económicos y formarían parte de un nuevo departamento. Marcy, continuaría ocupándose de ajustar los presupuestos. Además, previa autorización del consejo de administración, la compañía realizaría un determinado número de proyectos sociales cada año, para lo que contarían con un equipo de apoyo. Por encima de todo eso les ofrecía incrementos salariales, lo que sorprendió a todos gratamente.

A los que quisieran quedarse a trabajar en Stratford, les garantizaba un mejor sueldo y, aunque tendrían que trabajar en las oficinas de la compañía a las afueras de la ciudad, les aseguraba ayudas económicas para el caso de que tuvieran que cambiar su lugar de residencia.

Era un plan inteligente, teniendo en cuenta que la mayoría de los miembros del equipo no tenían obligaciones familiares, por lo que estarían dispuestos a mudarse a Londres. Seguirían haciendo el mismo tipo de trabajo, pero a otro nivel. Las donaciones estarían supervisadas por Marcy y autorizadas por el consejo de administración.

Rocco acabó de hablar y se apoyó en el respaldo.

–Ahora pueden marcharse y pensar en lo que hemos hablado. Les doy una semana para que tomen una decisión –dijo dando por concluida la reunión.

Al unísono, todos se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

Amy iba en último lugar. Estaba a punto de salir cuando Rocco la llamó.

–Por favor, quédate un momento. Cierra la puerta.

Ella lo obedeció y se quedó allí mismo parada.

–Has conseguido salirte con la tuya –observó Amy.

–Creo que es un trato justo.

–No es lo que quería tu padre.

–Estoy convencido de que todos los miembros de tu equipo aceptaran mi oferta. Incluso me lo agradecerán. Y no pretendo salirme con la mía. Lo que he dicho tiene sentido y es lo mejor para todos ellos. Tus compañeros se darán cuenta porque ellos no están cegados por sus sentimientos como tú.

Amy sintió que su corazón comenzaba a latir con fuerza.

–No lo estoy.

–Claro que sí. Para ti, esto es más que un trabajo. Has dado preferencia a tu vida laboral por encima de todo. Vamos Amy, afronta el mundo real. Sal de tu agujero y date cuenta de que la vida no es fácil.

Capítulo 8

Rocco leyó una vez más la escueta carta en la que Amy Hogan presentaba su dimisión. En un mes, dejaría de trabajar en Construcciones Losi y daría un nuevo rumbo a su vida. Reconocía haber estado muy a gusto trabajando para la compañía y daba las gracias a todos aquellos que habían estado a su lado y que habían hecho su trabajo más ameno.

Descolgó el teléfono con intención de llamarla, pero enseguida desechó la idea.

Hacía ya diez días que se había reunido con Amy y su equipo. Todos, excepto ella, habían aceptado su oferta mejorando así su situación laboral.

Desde entonces, habían mantenido varias reuniones en su despacho durante las cuales Amy, con el rostro severo, le había repetido una y otra vez que no estaba segura de lo que iba a hacer. Habían revisado juntos numerosa documentación y ella le había facilitado los nombres de las personas con las que había hecho contacto a través de los años. Pero cada vez que había intentado hablar de temas personales, Amy le había dirigido una mirada tan dura que no le había quedado más remedio que desistir de su intento.

Por si todo eso fuera poco, la última semana no había conseguido dejar de pensar en ella ni un minuto, por lo que había estado distraído del trabajo.

Y ahora la carta.

Rocco volvió a leerla y estuvo a punto de hacerla trizas, pero sabía que así no conseguiría resolver nada. Además, al día siguiente no podría verla porque se marchaba a Nueva York a supervisar la venta de su compañía.

Pensativo, se puso de pie y empezó a pasear por su despacho, deteniéndose para observar los objetos de la estantería que pertenecían a su padre. Tomó un pequeño caballo de madera y lo estudió cuidadosamente. Tenía la misma sensación que cuando unas semanas antes descubrió el álbum de su padre. Había algo oculto detrás de la decisión de Amy, pensó y volvió a dejar el caballo en su sitio.

Aquello no podía continuar así. Tenía que dejar de pensar en

aquella empleada que no había sabido aprovechar la generosa oferta que le había hecho.

Además, se sentía herido en su orgullo masculino por haber sido utilizado por aquella mujer para olvidar a otro hombre. Esta vez, él había sido manejado. Todavía no podía creérselo. Ese pensamiento, más que ningún otro, fue lo que lo animó para decidirse a ir a verla.

A las seis y media, una vez consiguió dejar todo listo para su viaje a Estados Unidos del día siguiente, Rocco se fue a casa de Amy. Su cabeza le decía que no debía ir, pero sus sentimientos eran más fuertes.

Llegó a las siete y media pasadas preguntándose si estaría allí. Su coche estaba aparcado fuera. Sabía que solía alargar su jornada laboral, pero ahora que había presentado su dimisión, no tenía sentido que siguiera haciéndolo. Además, en el mes que le quedaba en la compañía hasta que se hiciera efectiva la dimisión, tenía tiempo de sobra para terminar el proyecto en el que estaba trabajando.

Después de tocar el timbre varias veces sin obtener respuesta, decidió hacer algo para obligarla a abrir la puerta y comenzó a golpear la puerta con las manos llamando la atención de los vecinos y de todos aquellos que en aquel momento transitaban por la calle.

De repente, la puerta se abrió y allí estaba ella en camisón, mirándolo con estupor.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Amy airadamente.

–Tienes mal aspecto –fue todo lo que dijo Rocco.

–Gracias, pero no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué estás aquí aporreando mi puerta? –preguntó ella, sintiendo que su corazón comenzaba a latir con fuerza.

Amy sacó un pañuelo y se sonó la nariz con fuerza.

–Creo que tenemos algo de lo que hablar –dijo sacudiendo la carta de dimisión mientras pasaba junto a ella y entraba en la casa.

–No es buen momento para hablar de eso, Rocco. No me encuentro bien.

–En ese caso, será mejor que te sientes y te relajes. Escúchame lo que tengo que decirte.

¿Relajarse con él bajo el mismo techo?

–¿Qué te pasa? –preguntó Rocco preocupado. Se la veía muy pálida. La tomó en sus brazos y se dirigió al salón sin prestar atención a las protestas de Amy. Suavemente la dejó sobre el sofá–. Tienes fiebre –añadió frunciendo el ceño y colocando su mano sobre la frente de ella.

–Estoy resfriada, eso es todo. Lo siento, pero no me siento con

fuerzas para hablar de mi dimisión.

–Tienes que meterte en la cama ahora mismo.

–No te preocupes, estoy bien aquí.

–No, no lo estás.

Suavemente, la volvió a tomar en brazos. Aquello empezaba a convertirse en una costumbre, pensó Amy demasiado débil para discutir.

–Está bien. Tú ganas –dijo Amy una vez en la cama–. He presentado mi dimisión porque no quiero seguir trabajando en Construcciones Losi mientras tú estés al mando de la compañía. Sé que piensas que lo hago por no haber conseguido convencerte para que mantuvieras la filial. Pero no es eso. Todos mis compañeros están muy contentos con tu oferta. Dicen que has sido muy generoso con ellos.

–¿Has ido al médico? –preguntó Rocco preocupado.

–¿Qué? –dijo Amy desconcertada. No la había escuchado–. Es sólo un resfriado –y estornudó–. Escucha Rocco, no tengo nada más que decirte sobre mi dimisión, así que puedes irte. Y si crees que no cumpliré con mi trabajo en estas semanas que me quedan, no tienes por qué preocuparte.

Rocco no la escuchaba.

–Espera un momento. Tengo que hacer una llamada.

Amy se quedó atónita observando cómo sacaba su teléfono móvil y comenzaba a marcar unos números. Salió de la habitación y cerró la puerta.

No le extrañaba que hubiera ido a verla para hablar sobre su dimisión. Rocco había hecho una generosa oferta de empleo, que el resto de sus compañeros había aceptado. Seguramente había creído que ella también la aceptaría y no estaba dispuesto a darse por vencido. El no haber logrado que las cosas salieran como él esperaba, lo habían hecho ir hasta su casa.

Se sentía muy débil para discutir. Además, todavía sentía vergüenza por haberse arrojado a sus brazos y haber descubierto que lo único que él había pretendido era seducirla para hacerle comprender que no estaba enamorada de Sam.

Había pasado los últimos diez días tratando de encontrar una justificación a su comportamiento. Estaba convencida de que había sucumbido a sus encantos debido a las circunstancias en las que en aquel momento se encontraba. Le había dicho a Rocco que se había dejado llevar para consolarse de la ruptura con Sam. Aquella excusa le había parecido lo suficientemente convincente para justificarse ante él.

Pero tenía que reconocer que haber hecho el amor con él no tenía nada que ver con Sam. Había sido un momento de locura y desenfreno que nunca había sentido anteriormente y no había sido capaz de resistirse a la sensualidad de aquel hombre tan atractivo.

No se sentía con fuerzas para enfrentarse a él, así que confiaba que aquella llamada urgente lo hiciera marcharse enseguida de su casa.

Rocco regresó al dormitorio y se sentó en la cama junto a ella.

–Acabo de hablar con un médico. Le he comentado tus síntomas y todo parece indicar que tienes un virus sin importancia.

–¿Has llamado a un médico?

–Sí, es un amigo mío –dijo Rocco–. Lo hubiera hecho venir hasta aquí pero una visita a domicilio desde Nueva York no creo que sea necesario, ¿no te parece? –añadió divertido.

–No tenías por qué molestarte.

–Recuerda que todavía eres mi empleada.

–Por poco tiempo ya –dijo Amy cerrando los ojos. Sentía alivio al tenerlo fuera de su visión–. No tengo intención de cambiar mi decisión. De hecho, estoy haciendo planes.

–Y espero que me los cuentes tan pronto como comamos algo.

Amy continuó con los ojos cerrados.

–Rocco, no has venido hasta aquí para cuidarme y ser amable conmigo –dijo Amy y bostezó–. No te preocupes por mí. De hecho creo que estaría más cómoda si te fueras. Así no tendría que esforzarme en mantener esta conversación.

–Voy abajo a la cocina a preparar algo para cenar –anunció Rocco.

Había ido hasta allí para hacerla entrar en razón y que reconsiderase su dimisión. Había albergado la esperanza de poder hablar con ella de la noche en la que habían hecho el amor. Quería asegurarse de que la pasión que había visto en Amy no se la había imaginado. La idea de que ella lo había usado para superar la ruptura con su novio había herido su orgullo masculino. Pero a la vista del estado en que Amy se encontraba, tenía que olvidar aquellos planes.

–Por favor –le pidió Amy–. No te sientas obligado a quedarte para atenderme sólo porque me has encontrado enferma. Sé que venías a hablar de mi dimisión. Vete tranquilo, me he tomado unas pastillas hace un rato y enseguida me harán efecto. De hecho, creo que ya me siento mejor.

Aquello parecía una pesadilla. Sentía sus mejillas arder por la fiebre, llevaba un espantoso camisón que apenas la cubría y, para

colmo, Rocco estaba allí observándola en aquel lamentable estado. Y lo peor era que no parecía tener ninguna intención de irse.

–¿Cuándo las tomaste?

–No lo sé. Hará media hora.

–Imposible. Yo llevo aquí media hora.

–Pues hará una hora. ¡Yo qué sé! No miré la hora –protestó Amy, pero del esfuerzo tuvo que dejarse caer sobre las almohadas y dejó escapar un profundo suspiro.

Con los ojos entrecerrados, vio cómo Rocco salía de la habitación.

Al cabo de unos minutos, regresó con una toalla húmeda y se la colocó sobre la frente.

–Esto ayudará a que te baje la fiebre.

Rocco no dijo nada más y se fue a la cocina.

Nunca había cuidado de una mujer enferma. No le gustaba tratar con enfermos. De hecho, cuando el enfermo había sido él, había preferido quedarse a solas y evitar que alguien lo cuidara. Así que trató de convencerse de que si hubiera sabido que Amy estaba enferma, no habría ido a su casa. Pero ya no podía hacer otra cosa que atenderla y prepararle la cena.

Hizo un par de tortillas para los dos y unas cuantas tostadas que colocó en una bandeja y subió la cena al dormitorio de Amy.

–Antes de que empieces a protestar, quiero que sepas que mi especialidad son las tortillas.

–Te agradezco la molestia que te has tomado –dijo ella incorporándose. Rocco colocó la bandeja sobre su regazo y se sentó en uno de los sillones que había junto a la ventana con su plato en la mano–. De verdad que no necesito que te quedes más tiempo a ayudarme.

–Todos necesitamos que alguien nos ayude de vez en cuando –respondió Rocco.

–Nunca he estado enferma –dijo Amy y a continuación probó la tortilla. Estaba deliciosa.

–¿Nunca?

–Tuve varicela cuando tenía ocho años y falté al colegio dos semanas. Desde entonces, tan sólo he tenido algún resfriado sin importancia. Por cierto, la tortilla está muy buena –dijo lanzándole una rápida mirada.

–Gracias.

Estaba allí sentado junto a la ventana, con los codos apoyados sobre los muslos, sosteniendo el plato con una mano y el tenedor con la otra. Se le veía muy atractivo.

Aunque en un principio no había querido que se quedara en su casa, ahora que estaba allí no le quedaba más remedio que ser cortés con él. Tenía que tratar de olvidar que habían hecho el amor para relajarse. Así que empezó a sacar temas de conversación banales, evitando hablar de novios o de cualquier otro asunto que pudiera recordarle a Sam.

Amy sabía que, en el fondo, haber roto su relación con Sam no la había afectado en absoluto.

Cuando terminó de comer, dejó la bandeja a un lado y miró a Rocco con la cabeza ladeada.

–Me siento mucho mejor –dijo. Era cierto, la comida le había sentado bien–. Antes empecé a contarte que tengo planes para cuando dejé Construcciones Losi.

Rocco pensó que aquel comentario era una manera de levantar una barrera entre ellos y evitar que la conversación derivara a aspectos más personales.

–Ah, sí, tus planes. Por favor, cuéntamelos –dijo y se levantó para retirar la bandeja. La dejó en el suelo y se sentó de nuevo junto a ella en la cama. Le tocó la frente y añadió–: Te ha bajado la fiebre.

–Yo... –empezó a decir Amy dubitativa–. Siento no haber aceptado tu oferta. Era muy generosa y comprendo que los demás la aceptaran, pero creo que es hora de cambiar el rumbo de mi carrera profesional.

–Quería ofrecer algo justo –dijo Rocco.

El camisón de Amy se ahuecó ligeramente y Rocco reparó en la suave piel de su escote.

–Es por algo que me ha ocurrido recientemente –siguió explicando Amy. Su rostro reflejaba el mismo entusiasmo que el día en que se conocieron, cuando le habló del trabajo que hacían en la filial–. Creo que voy a volver a estudiar.

–¿Qué?

Amy sonrió. Él era la primera persona con la que compartía aquel deseo y quería conocer su opinión.

–¿Te parece una idea tan descabellada?

–No, en absoluto –dijo Rocco esbozando lentamente una sonrisa, contagiado por su ánimo.

–Tendré que hacer algunos cursos de acceso a la universidad.

–¿Y cómo piensas seguir ganando dinero mientras estudias?

Aquella pregunta hizo desaparecer la sonrisa del rostro de Amy.

–En realidad, todavía no he pensado en eso –respondió ella cruzándose de brazos–. De momento, es sólo una idea que se me ha

ocurrido.

Rocco se puso de pie y recogió la bandeja del suelo.

–Voy a dejar esto en la cocina. ¿Quieres algo más? ¿Te preparo un té?

Amy deseaba escuchar su opinión. Él había acudido a su casa para hablar de su dimisión y decirle que era una cabezota por no aceptar la oferta laboral que le había hecho.

–¿Qué te parece mi idea? –preguntó Amy para evitar que saliera de la habitación.

–Enseguida vuelvo.

–No te preocupes. Mis resfriados siempre son breves y éste ya está desapareciendo gracias a las pastillas y a tu magnífica tortilla. Deja la bandeja en la cocina y asegúrate de cerrar la puerta cuando salgas.

Rocco la miró un instante, sacudió la cabeza y salió del dormitorio cerrando la puerta tras él.

De un salto, Amy se levantó de la cama y camino del baño, se quitó el camisón. ¿Por qué siempre la dejaba tan confundida? ¿Por qué cada vez que se mostraba atento con ella, se sentía como si flotase? Era por esa misma sensación por la que había acabado en la cama con él. Ahora estaba enfadada consigo misma por haberlo convencido de que se marchara sin contarle los planes que había hecho para su futuro una vez dejara Construcciones Losi.

Se lavó la cara y los dientes y se puso un pequeño pijama que resaltaba su figura. Estaba de pie en medio de la habitación con la idea de pasar el resto de la velada viendo la televisión cuando, de pronto, se oyó un ruido y la puerta de la habitación se abrió. Sorprendida, vio a Rocco en el umbral de la puerta. Él se quedó paralizado mirándola fijamente. En aquel momento, olvidó la carta de dimisión y su herido orgullo masculino.

Por unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Entonces, ambos rompieron el silencio a la vez. Rocco le dijo que había fregado los platos mientras Amy le preguntaba por qué no se había ido.

–Te dije que volvería para que terminaras de hablarme de tus planes.

Amy se ruborizó. Se sentía desnuda, pero sus piernas no respondían y era incapaz de moverse para encontrar algo con lo que cubrirse.

–No tiene importancia. Pensé que te interesaría, teniendo en cuenta que rechacé tu oferta de trabajo.

Rocco entró en el dormitorio y se volvió a sentar en el mismo

sillón junto a la ventana que había ocupado mientras cenaba. Amy optó por sentarse en el otro, frente a él.

–Así que quieres seguir estudiando –dijo Rocco. Se la imaginaba rodeada de universitarios con los niveles de testosterona altos y no le hacía ninguna gracia.

–Creo que en el fondo siempre he querido seguir estudiando. Y ahora estoy dispuesta a hacerlo.

–¿De verdad? –preguntó Rocco interesado y se reclinó sobre el respaldo–. ¿Sabes lo difícil que es dejar de trabajar y de ganar dinero y volver a estudiar después de tantos años?

–¡Claro que lo sé! No soy tonta.

–Por no mencionar lo difícil que es recuperar el hábito de estudiar después de haberlo dejado a los dieciséis años.

Amy sintió que sus mejillas se sonrojaban. El cansancio que había sentido durante todo el día estaba dando paso a una gran energía.

–No lo dejé por capricho mío. Tuve que dejarlo por circunstancias sobre las que yo no podía decidir. Ahora, lo que quiero es recuperar el tiempo perdido. ¿Nunca has querido hacerlo?

Rocco recordó su época en la universidad. Nunca se esforzó demasiado en estudiar, aunque supo disfrutar de todo aquello que la universidad le ofrecía, empezando por las fiestas y las chicas. Aquella pregunta lo había pillado por sorpresa y no sabía qué responder.

–Veo que ya estás mejor. Me estás empezando a criticar.

–Tan sólo es una pregunta –dijo Amy y decidió cambiar el tema de conversación–. Antonio dice que toda tu familia está deseando verte y me ha pedido que trate de persuadirte para que te tomes unos días libres y vayas a verlos. Quiere arreglar las cosas entre vosotros. Es un hombre mayor y ha visto la muerte de cerca. Así que como ves, no soy la única que quiere recuperar el tiempo perdido.

–No estamos hablando de mí.

–No lo estábamos, pero ahora sí. Ve a verlo, Rocco.

–Me lo pensaré.

–Eso no es una respuesta.

Rocco se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación, dirigiéndole miradas fugaces.

–Está bien. Iré –admitió por fin–. ¿Te parece bien? –añadió y Amy asintió con la cabeza. Él se detuvo frente a ella y apoyó las manos sobre los reposabrazos del sillón en el que estaba sentada–. ¿Podemos seguir nuestra conversación?

–Adelante –dijo Amy sonriendo.

–Serás una estudiante bastante mayor que la media de tus compañeros. Te sentirás fuera de lugar –dijo tratando de que se olvidara de su idea de volver a estudiar. No soportaba imaginarla rodeada por chicos.

–Estoy segura de que habrá otros estudiantes como yo –dijo Amy. Se sentía incómoda con aquel diminuto pijama, para encima tenerlo tan cerca.

–Y ¿qué pasa con el dinero?

–¿Qué dinero?

–Tienes que buscar una forma de mantenerte durante los próximos cuatro años.

–Si no te apartas, voy a acabar contagiándote el virus.

Rocco ignoró su comentario.

–¿Cómo piensas hacerlo?

–Tengo un dinero ahorrado.

Rocco se detuvo junto a la ventana próxima a Amy y la miró con los ojos entornados.

–Cuatro años es mucho tiempo.

–Soy una persona muy organizada –dijo ella girándose para mirarlo–. De todas formas, lo que decida hacer con mi vida no es asunto tuyo.

–Sólo te estoy dando mi opinión.

–No quiero seguir hablando de esto.

–Está bien –dijo Rocco separándose de la ventana y dirigiéndose hacia la puerta–. Deja que te dé un consejo. Recuerda que el noventa y nueve por ciento de los chicos que conozcas en esas clases estarán deseando acostarse contigo. Y no por amor.

Así que de eso se trataba. Le estaba hablando de los peligros que se encontraría en la universidad. Pero ¿qué pensaba de ella? ¿Que era una pobre tonta que no sabía cómo relacionarse con los hombres y a la que había tenido que salvar de una relación errónea?

Amy sonrió con dulzura.

–Al menos queda un uno por ciento. Por favor, cierra la puerta al salir.

Capítulo 9

Amy miró su imagen en el espejo.

Había decidido que haría todo lo posible por evitar a Rocco. Se aseguraría de no coincidir con él durante la fiesta, se dijo mientras se retocaba el maquillaje. Se había aplicado colorete en las mejillas, sombra marrón en los ojos y brillo en los labios.

El problema era el vestido que se había comprado para la ocasión. La dependienta la había convencido para que se comprara aquel diseño de color verde jade y tan estrecho que se ajustaba al cuerpo como un guante. Además, se había puesto unos zapatos de tacón alto que le daban un toque glamuroso al conjunto.

Se le había hecho demasiado tarde para cambiarse de ropa, aunque si hubiera tenido tiempo, tampoco hubiera sabido qué ponerse.

Aquello no debía estar ocurriendo. Hacía quince días había propuesto a sus compañeros organizar una cena de despedida en un restaurante. Había ido a hablar con Rocco para preguntarle si la compañía correría con los gastos. Pero él le había puesto toda clase de objeciones y al final, había decidido que en lugar de una pequeña fiesta de despedida con sus compañeros, había que hacer algo más fastuoso, con todos los empleados de la compañía. Una fiesta de agradecimiento por su entrega y de bienvenida a la nueva etapa de su vida.

–Yo había pensado en algo más íntimo –había respondido Amy, sin poder mantener su mirada.

–Te has relacionado con muchos otros empleados de la compañía además de tus compañeros.

Unos días después de la última conversación que habían mantenido en su casa y en la que Amy le había hablado de sus planes de ir a la universidad, ella y sus compañeros tuvieron que dejar la oficina que ocupaban y trasladarse a las oficinas principales de Construcciones Losi. Desde que habían estado trabajando en el mismo edificio, él se había comportado de un modo muy extraño. De hecho, cada vez que se habían reunido en su despacho para algún asunto, él se había mostrado irritado. Por eso, cada vez que lo había visto venir por el pasillo, ella lo había evitado escondiéndose en los lavabos.

Así que para evitar discutir con él y aunque prefería una tranquila cena íntima con sus compañeros, cedió a la propuesta de Rocco de celebrar una gran fiesta en un club social a las afueras de Stratford.

Pero ahora sentía pánico.

A las seis y media, con un gran chal de seda sobre los hombros, tomó el taxi que había pedido y se dirigió a la fiesta.

Apenas podía creer que tan sólo le quedaba una semana en Construcciones Losi, pensó mirando el paisaje por la ventana. Había escrito a Antonio contándole lo que pensaba hacer y él la había llamado para desearle lo mejor. Pero era consciente de que no era feliz.

Ella misma se había sorprendido al darse cuenta del principal motivo: se había enamorado de Rocco. Se había estado engañando buscando toda clase de excusas de por qué su corazón se aceleraba cada vez que estaba junto a él, pero al final se había rendido ante lo evidente.

Estaba locamente enamorada de un hombre al que le gustaba estar con mujeres por mero entretenimiento, evitando mantener relaciones serias con ellas. Por eso, estaba decidida a no continuar trabajando a su lado.

Llegó al club social con todos esos pensamientos en su cabeza. Salió del taxi y respiró profundamente mientras observaba la gran fachada del edificio con cuatro grandes columnas flanqueando la entrada. Había estado varias veces allí anteriormente pero aquel sitio no dejaba de fascinarla cada vez que iba. Estaba ubicado sobre una colina y dominaba un inmenso paisaje a su alrededor.

Subió la gran escalinata de piedra que daba acceso al vestíbulo y sintió un nudo en el estómago. Evitó mirar a su alrededor y siguió las indicaciones de uno de los porteros para llegar al gran salón donde se celebraba la fiesta y que estaba repleto de gente. Nada más entrar, tomó la copa de champán que le ofreció un camarero. Quería tener las manos ocupadas. Como en todos los eventos de ese tipo, todo el mundo se esforzaba en encontrar un tema de conversación en común con los demás. Aunque eran compañeros de trabajo, muchos de ellos apenas se conocían.

Amy distinguió a Freddy enfrascado en una animada conversación con Richard Newton y su esposa Pamela. La gente más joven se había agrupado y se les veía hablando amigablemente.

Había unos ochenta asistentes y entre ellos circulaban camareros

con bandejas de aperitivos y bebidas. De repente, Amy sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro y dio un respingo. Se giró y comprobó que era Dee, que estaba espectacular con un vestido tan blanco como su cabello. Al verla, Amy sonrió y se tranquilizó.

–Bueno, no me mires así –dijo Dee devolviéndole la sonrisa–. No suelo venir a cenar a sitios como éste, así que mira lo que me he comprado. Al fin y al cabo, este tipo de ropa no es lo más indicado para llevar a trabajar, especialmente teniendo en cuenta el sitio dónde está nuestra oficina. Aunque para ser correctos, debería decir *estaba*.

–No era así la fiesta de despedida que tenía en mente cuando le pregunté a Su Alteza si podía organizar una cena de despedida para seis a costa de la empresa –dijo Amy sin quitar los ojos de Dee. No quería encontrarse con el hombre al que había decidido evitar.

–¿Su Alteza? –rió Dee–. Yo diría que hay algo entre vosotros.

–¿Algo?

–No quiero decir sexual, entiéndeme, pero es evidente que hay química. Todos nos hemos dado cuenta.

Amy soltó una irónica carcajada.

–No es culpa mía que haya estado de un humor extraño últimamente.

–Amy, ahora que estamos a solas, dime: ¿por qué has decidido marcharte? –preguntó Dee con curiosidad–. La oferta que nos ha hecho es muy buena.

–Como ya te he dicho en otras ocasiones, yo siempre he querido...

–Sí, ya lo sé –la interrumpió–. Pero ahora, dime la verdad.

Mientras Amy pensaba una respuesta convincente, un grupo de jóvenes las interrumpió y la pregunta quedó sin respuesta.

Luego, Amy se tomó dos copas más de champán para relajarse y ser capaz de mirar a su alrededor, buscando rostros familiares entre los presentes. Marcy, Andy y Tim habían ido acompañados de sus parejas y estuvo conversando con ellos.

Todavía no había visto a Rocco. Finalmente, de camino al comedor donde iba a ser servida la cena, lo vio.

Cada mesa tenía unas tarjetas con los nombres de cada uno de los ocupantes. Por suerte, rápidamente comprobó que no iba a compartir mesa con Rocco. De hecho, estaba en la mesa más alejada de la suya, que era la presidencial.

Lo observó desde la distancia. Sobresalía de entre los demás no sólo por su estatura sino por su elegante porte. Estaba hablando con un grupo de asistentes y no dejaba de mirar a su alrededor. De

pronto sus miradas se cruzaron y Amy se quedó paralizada. Era como si las voces a su alrededor se hubieran desvanecido y se hubiera hecho el más profundo de los silencios. Respiraba pesadamente y, por un momento, le pareció que el tiempo se detenía.

Sin embargo, él continuó recorriendo el salón con la mirada como si no la hubiera visto.

Amy se quedó aturdida y no pudo seguir prestando atención a la conversación de sus compañeros de mesa. Había perdido el apetito. Ahora que sabía en qué mesa estaba Rocco, no conseguía relajarse. No podía evitar mirar continuamente hacia el otro lado del comedor. Se odiaba a sí misma por no poder sucumbir a la tentación de mirarlo a pesar de que la hubiese ignorado.

No reparó en el vino ni en la comida que se sirvieron. Por fin, llegaron a los postres. De pronto, el sonido de una cuchara golpeando una copa la sacó de su ensimismamiento y vio que Rocco se había puesto de pie. Poco a poco, se fue haciendo el silencio, mientras Rocco esperaba.

Estaba muy guapo y elegante y se desenvolvía con naturalidad, sin necesidad de recurrir a chistes. Amy miró al resto de los asistentes, que parecían hipnotizados. Con su voz profunda y sensual, dio las gracias a los presentes por la ayuda que le habían prestado durante el tiempo que llevaba allí y por su comprensión respecto a los cambios que se iban a hacer en la compañía. Luego, hizo algún comentario personal acerca de dos de los empleados de la compañía a los que se refirió por sus nombres.

Finalizó su discurso, tomando una copa de champán y proponiendo un brindis a la salud de su padre para sorpresa de Amy, agradeciéndole la dedicación que había tenido con la compañía desde su fundación. Por último, justo en el momento en que Amy estaba dando un sorbo de champán, se refirió a ella, haciendo que todos los presentes se girasen a mirarla. Levantó la cabeza y Rocco la estaba mirando, dándole las gracias a través del micrófono por los servicios prestados a la compañía e informando a todos de que era la única empleada que no continuaría en la empresa en la nueva etapa que ahora iniciaban.

Amy se ruborizó y miró tímidamente a sus compañeros de mesa.

–Y como muestra de agradecimiento... –continuó Rocco.

«No, por favor, que no me haga ir hasta allí para darme un regalo de despedida», pensó ella.

–... quizá la señorita Hogan quiera venir hasta aquí y aceptar un regalo de parte de todos nosotros.

Entre aplausos, fue conducida hasta la mesa presidencial que ocupaba Rocco. A su lado estaban Marcy y Claire esperando para darle un gran paquete y un ramo de flores.

Sentía su mirada sobre ella y se esforzó en caminar con seguridad.

–Estás muy guapa –murmuró Rocco junto a su oreja al pasar a su lado.

Amy levantó la barbilla ignorándolo y se acercó hasta donde sus compañeras la esperaban. Marcy le entregó el gran paquete y pudo ver que se trataba de un cuadro con un collage de todos los proyectos en los que había participado, desde el primero hasta el último, firmado por todos sus compañeros. Por un momento, se olvidó de que Rocco estaba detrás de ella.

Tomó la palabra y les dio las gracias, pero la emoción hizo que su voz se quebrara y recibió un cálido aplauso. Rocco tomó el micrófono y se hizo cargo de la situación, anunciando que era hora de divertirse y de empezar a bailar. En ese momento, las luces se apagaron y comenzó a sonar la música.

–No creo que quieras cargar con esto toda la noche –dijo Rocco señalando el gran cuadro.

Amy lo miró agradecida. A pesar de ser una noche de fiesta, él no parecía estar alegre.

–Había pensado dejarlo en el guardarropa –dijo Amy–. Por cierto, quería darte las gracias por organizar todo esto.

–Deja que te ayude –dijo Rocco tomando el cuadro y dirigiéndose hacia el vestíbulo del edificio.

Amy miró a su alrededor y comprobó que todo el mundo parecía estar pasándoselo bien. Unos bailaban al ritmo de la música mientras otros charlaban animadamente en pequeños grupos. Por un instante, dudó entre quedarse allí o salir tras Rocco y finalmente eligió la segunda opción. Corrió tras él y lo encontró dejando el gran cuadro al guardia de seguridad y dándole instrucciones para que lo guardara.

–Gracias –dijo Amy sonriendo nerviosa mientras él se apoyaba sobre el gran mostrador que los separaba del puesto de seguridad–. Es un regalo de despedida maravilloso –añadió. Él no mostraba interés alguno en la conversación. Estaba allí, frente a ella, con los brazos cruzados mirándola–. ¿Volvemos a la fiesta? Seguro que nos están buscando.

–¿Cómo te sientes? –preguntó él por fin.

Por un segundo, Amy tuvo la sensación de que le había leído el pensamiento y que de alguna manera había averiguado sus

sentimientos hacia él.

–¿Cómo me siento? –preguntó Amy extrañada–. ¿A qué te refieres?

–Sólo te quedan unos días para irte de la compañía.

–Bien. Bueno, un poco triste –dijo aturdida–. Llevo tanto tiempo en ella que es como mi segunda casa. A la vez estoy nerviosa por empezar una nueva etapa de mi vida.

–¿Por qué me has estado evitando últimamente?

–No sé a qué te refieres –dijo Amy y se giró a mirar al grupo de personas que en aquel momento cruzaba el vestíbulo sin reparar en ellos–. Creo que deberíamos volver a la fiesta.

–No hasta que hayamos terminado esta conversación.

Antes de que se diera cuenta, Rocco comenzó a caminar hacia el exterior y ella lo siguió. Bajaron la gran escalinata de piedra y se internaron en el jardín.

–Está bien, Rocco. Hablemos. Pero ¿por qué no lo hacemos dentro? –dijo Amy. No quería estar allí fuera en la oscuridad de la noche junto a él–. Tengo frío.

–Ponte esto –dijo quitándose la chaqueta y colocándosela sobre los hombros.

Amy cerró los ojos unos segundos y aspiró su olor.

Al cabo de unos pasos encontraron un banco y se sentaron. Desde allí, apenas se oía la música.

–Te has comportado de manera extraña en los últimos días y quiero saber por qué.

–Lo siento si ha sido así, pero no ha sido intencionado.

–No me mientas –dijo él girándose para mirarla.

–He estado un poco incómoda.

–¿Por qué?

–Los empleados siempre están incómodos cuando tienen a su jefe cerca. Además, he presentado mi dimisión y sé que no te gusta lo que voy a hacer.

–No es que no me guste. Lo único que quiero es que no cometas un error.

–¿Acaso crees que puedes decidir sobre la vida de los demás? –preguntó Amy mirándolo–. Además, últimamente has estado de un humor de perros.

Rocco se agitó en su asiento. Era cierto que había estado enfadado. Se había intentado convencer de que lo mejor que le podía pasar era que aquella mujer abandonara la compañía y saliera de su vida, pero no había conseguido dejar de pensar en ella.

–Tengo muchos problemas.

–Pero no por eso tienes que pagarlo con las personas de tu alrededor –dijo Amy sin retirar los ojos de él.

–Hasta ahora, nadie se ha quejado.

–Eso es porque te tienen miedo –repuso Amy, estremeciéndose ante su proximidad.

–Excepto tú –dijo Rocco. Se quedó unos segundos en silencio recordando lo mucho que le había dolido saber que lo había usado para olvidar su ruptura con su novio y apretó los labios. Por fin, añadió–: Mírame cuando te hablo.

–Y si no, ¿qué?

Él la tomó por la barbilla y le hizo mirarlo.

Amy sintió que se ponía tensa.

–Así está mejor.

–Eres el hombre más arrogante que he conocido, ¿sabes?

–Todavía estás temblando.

–Me voy dentro. No quiero seguir hablando.

–No voy a dejarte escapar –dijo tomándola por la cintura y haciendo que se sentara otra vez. Esta vez estaban muy cerca y sus muslos se rozaban–. ¿He hecho algo que te ha molestado?

–¿Molestado? ¿Por qué?

–Quizá por mi mal humor de los últimos días.

–No, simplemente no entiendo por qué...

–¿Me has echado de menos? –preguntó interrumpiéndola. Seguía sujetándola por la barbilla para asegurarse de que lo mirara.

–¿Acaso debería?

–No hace falta que contestes. Es evidente que me has echado de menos.

Amy estaba confusa. No sabía cómo salir de aquella situación y del escrutinio de su mirada.

–Yo... –balbuceó tratando de decir algo coherente.

–Yo también te he echado de menos –dijo él sorprendiéndola.

–No me has echado de menos, Rocco. Sencillamente no te ha gustado que haya sido yo la que ha decidido alejarse de ti.

–Deja ya de discutir –dijo acercándose a ella y besándola suavemente.

Amy separó sus labios y sus lenguas se encontraron. Rocco la atrajo hacia sí. De pronto, ella trató de separarse, recordando el propósito que se había hecho de alejarse de él.

–Todos estarán preguntándose dónde estamos.

Rocco percibió un ligero temblor en su voz y eso le gustó. Una sensación de placer y satisfacción lo invadieron.

–No lo creo. Pero si prefieres, podemos entrar y despedirnos de

todos.

–¡No! –exclamó Amy horrorizada.

–Entonces lo mejor será escabullirnos.

–¿Escabullirnos?

–Como si fuéramos adolescentes.

Antes de que Amy pudiera decir nada más, Rocco se puso en pie y tomándola de la mano fueron hasta el aparcamiento. Él le abrió la puerta del coche y dio la vuelta para sentarse en el asiento del conductor. Una vez dentro, en lugar de encender el motor, se giró y la miró.

–¿Estás segura de esto? –preguntó él con voz queda–. Porque si no estás segura, será mejor que lo digas ahora.

–No, no lo estoy –contestó Amy. Rocco retiró la mirada y ella lo agarró por la muñeca para reclamar su atención–. No estoy segura porque no quiero que me hagas daño. Aunque en el fondo, sé que lo harás.

–¿Por qué das por hecho que te haré daño?

–Porque no te preocupan los sentimientos de los demás.

–¿Qué quieres que haga? ¿Enciendo el motor y nos vamos o volvemos a la fiesta?

–Enciéndelo.

Amy no sabía adónde se dirigían. Después de veinte silenciosos minutos, llegaron a la casa de Antonio, en donde ella había estado en numerosas ocasiones.

Salió del coche después de Rocco y esperó a que abriera la puerta de la casa para entrar.

–Voy a preparar café –anunció él mirándola. La deseaba apasionadamente. Pero lo último que debería hacer era llevársela a la cama. Sabía que acabarían haciendo el amor con locura, pero para ella no sería más que un intercambio de fluidos corporales.

Amy sacudió la cabeza.

–Por cierto, ¿cómo está tu padre? –le preguntó.

–Hablé con él hace un par de días –dijo Rocco sin mirarla–. Fue algo más que una de esas banales conversaciones que hemos tenido estos últimos años. Siéntate. No hace falta que te diga que te sientas como en tu propia casa. Sé que has estado aquí muchas veces con mi padre. Por cierto que también le dije que había visto el álbum.

–¿De verdad? –dijo Amy sonriendo dulcemente.

–Sí. Creo que vamos a arreglar los problemas entre nosotros.

–Me alegro –dijo ella sonriendo ampliamente.

–Creo que te irá bien en la universidad.

Se sentía cómoda con él por primera vez en la noche. Le gustaba

cuando era tan encantador, abierto y relajado.

–¿Aunque sea la más vieja de la clase y no vaya a tener dinero para mantenerme?

–Sí –sonrió Rocco–. En cuanto al dinero, quiero que sepas que yo nunca te dejaría...

–¿Cómo dices?

Pero ¿qué le estaba queriendo decir?

–Voy a hacer lo que mi padre hubiera hecho en mi lugar: asegurarme de que no te falte de nada.

–Por cierto, ¿crees que alguien nos vio irnos de la fiesta? –preguntó Amy tratando de cambiar de conversación.

–Mucha gente –contestó Rocco sorprendido por su pregunta y añadió bromeando–: Les dije que te traía a mi casa para hacer el amor.

–¡No es verdad!

–Claro que no. No creo que nadie se haya dado cuenta de que nos hemos ido. Había un par de personas en el vestíbulo cuando fui a buscar el cuadro y las flores, pero estoy seguro de que no se dieron ni cuenta.

Amy sonrió nerviosa, mirando de reojo hacia la escalera. Ahora que había decidido lo que iba a hacer, ya no había vuelta atrás. Dio un último sorbo a su café y dejó la taza sobre la mesa.

–Bueno, ¿subimos?

Capítulo 10

A qué venía tanta prisa?, pensó Rocco. En otra época, hubiera subido los escalones de dos en dos para llevársela a la cama. Al fin y al cabo, había sido idea suya llevársela a su casa. Había pensado en ella día y noche, sin apenas poder concentrarse en las mil y una cosas de trabajo que tenía pendientes de resolver. Había llegado a la conclusión de que lo único que necesitaba para sacársela de la cabeza era acostarse con ella una vez más.

Y allí la tenía ahora, frente a él, mirándolo con sus brillantes ojos marrones e invitándolo a la cama. Pero había algo que lo incomodaba.

–¿Por qué tanta prisa? –le preguntó al verla ponerse de pie y extender su mano–. Se supone que hay que cortejar a la mujer antes de pasar a mayores.

–Creía que eso ya lo habíamos hecho durante el café –dijo Amy.

De pronto, se sintió fuera de lugar. No sabía si volver a sentarse. Él no se había movido de donde estaba. A lo mejor, lo único que había hecho era tenderle una trampa para comprobar que podía tenerla si quería.

Rocco se sentía confuso. Estaba acostumbrado a ser él el que dirigiera las situaciones. Estaba empezando a enfadarse consigo mismo y con ella. Ahora no veía claro lo que quería hacer. Debería estar quitándole la ropa y sin embargo estaba allí sentado como un tonto.

–Una taza de café. ¿Es eso todo lo que le hizo falta a tu novio para llevarte a la cama?

Amy sintió cómo sus mejillas se sonrojaban y se dejó caer en la silla.

–¿De qué va todo esto, Rocco?

–No has contestado a mi pregunta.

–¡Ni lo voy a hacer! Sabía que era un error venir aquí.

–Yo no te he obligado –protestó Rocco–. Si no recuerdo mal, te pregunté si estabas segura de que querías venir.

–Pero ¿qué es lo que te pasa?

Rocco no tenía ni idea. Se sentía mal consigo mismo. Acababa de recordar el momento en que ella le dijo que se había acostado con él para olvidar a su novio. Sin embargo, se había entregado

apasionadamente a él.

–¿Que qué es lo que me pasa a mí? –dijo furioso poniéndose de pie. No quería mirarla a la cara. No entendía su propia reacción y eso lo irritaba.

–Voy a pedir un taxi –dijo Amy sacando su teléfono móvil del bolso con manos temblorosas.

Empezó a marcar los números sin quitarle ojo. No sabía qué iba a hacer hasta que llegara el taxi. Seguro que ni se había dado cuenta de que había pedido uno.

–¿Cómo te atreves a preguntarme qué es lo que me pasa? Te acostaste conmigo por despecho y ahora estás dispuesta a volver a hacerlo.

Amy se quedó contrariada al oír aquellas palabras. Pero ¿qué pensaba de ella? ¿Que era una máquina de sexo?

–No tiene sentido que estemos aquí gritándonos el uno al otro –dijo Amy, rígida por la tensión que sentía–. Te he malinterpretado. Pensé que la atracción que siento por ti era un sentimiento mutuo. Ahora me doy cuenta de que lo único que querías era vengar tu orgullo herido.

Amy se mordió el labio para evitar dejar correr las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Iba a salir de allí con la cabeza bien alta y con la lección bien aprendida. Después de aquello, nunca más se dejaría llevar por sus sentimientos.

Rocco estaba quieto junto a la encimera, observándola mientras se pasaba la mano por el pelo.

–¿Me acusas de algo? –preguntó Rocco incómodo por su silencio. Amy se encogió de hombros y vio asustada cómo daba unos pasos hacia ella–. ¿Qué significa ese gesto?

Tomó una silla y se sentó frente a ella mirándola fijamente.

–No puedo creer que hayamos venido hasta aquí… Lo único que pretendías… –comenzó a balbucear Amy–. Imagino que lo siguiente que vas a decirme es que soy una estúpida por querer dar un rumbo nuevo a mi trabajo.

Comenzó a sentir que los ojos se le inundaban de lágrimas.

–Discúlpame si…

–No te disculpes –dijo Amy mirándolo fijamente–. Al fin y al cabo, has sido honesto. Pero no te molestes –añadió. Sus ojos se encontraron y ninguno de los dos era capaz de retirar la mirada–. Ya he pedido un taxi y llegará en cualquier momento. En cuanto me vaya, habré salido de tu vida para siempre. No iré a trabajar esta semana. Al fin y al cabo, ya he acabado todo lo que tenía pendiente y mi equipo podrá resolver cualquier cosa que surja

inesperadamente.

En ese momento, llamaron a la puerta. Rocco se puso rápidamente de pie haciendo que la silla se cayera.

Amy tomó su bolso y salió de la cocina. Cuando llegó a la puerta, le estaba diciendo al taxista que se fuera mientras sacaba su cartera de bolsillo del pantalón.

–¿Qué crees que estás haciendo?

–¿Es usted la señora que había pedido el taxi? –preguntó el recién llegado.

–Estoy pagando a este hombre por haber venido en balde –dijo entregándole unos billetes sin pararse a contarlos.

–Sí, soy la señorita Hogan.

Rocco le impidió el paso a Amy para evitar que se fuera. El taxista, contento por haber ganado un dinero sin tener que hacer ningún recorrido, estaba dispuesto a irse.

–La señora se queda –anunció Rocco.

Amy esperó a que cerrara la puerta y se quedó allí parada con los brazos en jarras.

–Muchas gracias –dijo ella furiosa–. Y dime, ¿cuánto tiempo quieres tenerme aquí prisionera?

–Tranquilízate. Creo que nos vendría bien una copa –fue todo lo que él dijo.

Regresó a la cocina y se sirvió una copa de vino. Amy lo observaba desde la puerta con los brazos cruzados en actitud beligerante.

Con la copa en la mano, Rocco pasó junto a ella en dirección al salón, confiando en que lo siguiera. Al cabo de unos segundos, Amy salió tras él.

–No tenías derecho a cancelar mi taxi.

–Todavía no hemos acabado de hablar.

–¡Yo sí!

–Siéntate, no te quedes ahí en la puerta. Parece que de un momento a otro vas a salir corriendo.

–Lo haría si tuviera adónde ir –dijo y suspiró. Entró en el salón y se sentó a la espera de que Rocco comenzara a hablar.

Amy estaba rígida. Sin embargo, Rocco estaba cómodamente sentado en el sofá, con la copa apoyada en el pecho, observando el techo.

–No te he traído hasta aquí para acabar discutiendo –dijo mirándola–. Cuando nos fuimos de la fiesta, mi única intención era pasar una intensa noche de pasión a tu lado.

–Entonces, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

La única luz que recibían era la que entraba desde el gran vestíbulo de la casa.

–Buena pregunta –respondió Rocco poniéndose de pie. Comenzó a pasear por el salón con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo la copa. Se detuvo junto a la chimenea–. Sencillamente, cambié de idea.

–Te lo he puesto fácil y te has dado cuenta de que no soy tu tipo, ¿es eso, verdad? Te gustan los retos y yo he dejado de ser uno para ti. ¿Lo estoy adivinando? Querías asegurarte de que podías tenerme una vez más para alimentar tu ego masculino.

Pero había más que todo aquello. También estaban sus sentimientos por él, ésos que había evitado admitir pero que había tenido que acabar reconociendo ante la evidencia.

Rocco no decía nada. Con su silencio le estaba dando la razón, pensó Amy.

–Me gustaría poder estar de acuerdo contigo –dijo él en voz tan baja que Amy dudó si lo había escuchado bien.

–No te he oído bien.

–Digo que me gustaría darte la razón si pudiera –repitió Rocco y sacudió la cabeza como si intentara aclarar sus pensamientos–. Si lo hubiera tenido todo planificado como dices, entonces habría sido yo el que hubiera manejado la situación.

–No sé que intentas decir.

–Todo esto es culpa tuya –dijo Rocco dirigiéndose hacia ella.

Tomó un escabel y se sentó junto a ella. Esta vez era él quien tenía que levantar la cabeza para mirarla.

–Tenía que haber imaginado que me culparías a mí por lo que ha pasado.

–Mi vida era perfecta hasta que te conocí.

–Lo mismo digo –afirmó Amy con rotundidad, sin pensar en lo que decía. Rocco se quedó mirándola a la espera de una explicación–. Lo que quiero decir es que hasta que tú llegaste todos éramos felices haciendo el trabajo que nos gustaba y de pronto nuestras vidas están patas arribas.

–Todos necesitamos cambios en nuestras vidas de vez en cuando. ¿Qué me dices de Sam? ¿Eras feliz con esa relación?

–No, aunque si quieres saber la verdad, hace tiempo que me había dado cuenta de que nuestra relación no iba a ningún sitio. Pero eso no te da derecho a inmiscuirte en mi vida.

–No tenía otra opción –dijo Rocco y colocó sus manos entrelazadas detrás de la nuca.

–¿Por qué? Nadie te había pedido que hicieras nada –repuso

Amy.

Se hizo un tenso silencio entre ellos. ¿Qué era lo que Rocco quería decirle? Fuera lo que fuera, no parecía estar tranquilo.

–No me acosté contigo para demostrarte nada. Dejé que pensaras eso y yo mismo traté de convencerme de ello. Pero no fue así. Me acosté contigo porque lo estaba deseando.

Aquello la sorprendió.

–¿Por qué no me lo dijiste? –susurró Amy.

–No sabes lo mal que me sentí cuando me dijiste que te acostaste conmigo para olvidar a tu novio.

–No era mi novio. Fue la primera excusa que se me ocurrió después de lo que me acababas de decir –dijo Amy apretando los puños. Había un brillo especial en los ojos de Rocco, observó Amy. Sus sentimientos por él eran profundos y sabía que si daba un paso en falso, estaría perdida–. Nunca dije que no me sintiera atraída por ti. De hecho, creo que ése es el motivo por el que estamos aquí.

–Es cierto, pero no estoy seguro de que...

–Está bien.

–No, no lo está. Puede que para ti lo esté. Al fin y al cabo, estás saliendo del cascarón en el que has estado viviendo y te empiezas a enfrentar al mundo real.

–Pero ¿de qué estás hablando?

–Lo sabes perfectamente. ¡Mírate! Eres la mujer de negocios más competente que he conocido y sin embargo no has sabido organizar tu propia vida. Has dejado todo a un lado por el trabajo. Incluso el amor –hizo una pausa, pero antes de que Amy pudiera objetar nada, continuó–. Incluso ahora que estás a punto de tomar un nuevo rumbo en tu vida. Nunca creí que diría esto, pero...

Rocco se detuvo y la miró a los ojos.

–¿Pero? –dijo Amy interesada, inclinándose hacia delante para escucharlo–. No busco un compromiso.

–Ése es mi problema –confesó Rocco.

–Pero dijiste...

–Sé lo que dije. Pero necesito algo más que acostarme contigo. Yo sí quiero una relación seria, un compromiso.

–¿Un compromiso? –dijo Amy con una tímida sonrisa asomando a sus labios.

–¿Tan extraño te parece?

–No, creo que es simplemente maravilloso –dijo ella acariciando su mejilla con mano temblorosa–. Te quiero. Al principio sólo quería mantenerme alejada de ti porque sabía que si me enamoraba me harías daño. Sabía que no querías una relación seria, pero esta

noche… decidí dejarme llevar. Sólo quería estar contigo.

Rocco sonrió y besó su mano. La atrajo hacia sí y ambos acabaron rodando por la alfombra entre risas.

–Estoy seguro de que aun cuando salías con ese hombre, sólo tenías ojos para mí.

–¿Cómo lo sabes?

Rocco deslizó una pierna entre las suyas.

–Era lo que deseaba. Quería que me quisieras tanto como yo a ti.

La besó suavemente en el cuello.

–¿Sabes que vas a tener que casarte conmigo, verdad? No tienes otra opción.

–En ese caso, sería de tontos empezar a discutir.

Antonio miró a su hijo y a la mujer a la que llevaba años apreciando tanto como si fuera un miembro más de la familia. Formaban un matrimonio estupendo y se sentía muy feliz de tenerlos a su lado.

Ni en sueños había llegado a creer que se reconciliaría con su hijo. Pero al fin lo había hecho.

Los últimos días con Rocco y Amy habían sido los días más felices de su vida. Tenían que recuperar todo el tiempo que habían perdido debido a su orgullo. Había apartado a su único hijo de su lado cuando todavía era un niño. Sí, había perdido a Serena en el parto, pero no había sido culpa de Rocco y por fin encontró el coraje de decírselo y dejar a un lado el orgullo que durante tanto tiempo los había separado.

Amy había sido de gran ayuda, pensó mientras los veía acercarse por la orilla de la playa con las manos entrelazados. Se los veía felices y muy enamorados.

–Deberías haber venido con nosotros a pasear, Antonio –dijo Amy sonriéndole–. Es todo tan bonito…

–Es el sitio perfecto para olvidarse del trabajo –afirmó Rocco mirando a su padre.

–Yo sé de alguien que lo ha hecho –repuso Antonio. En una semana, se irían y los echaría mucho de menos–. Pero siempre me gustará tener vuestra compañía y la de quien quiera venir.

–¿Amigos? –preguntó Amy con inocencia y Antonio y su hijo intercambiaron una mirada cómplice.

–Creo que se refiere a ampliar la familia –dijo Rocco sonriendo y la besó.

–Bueno, tendremos que hacer algo al respecto –murmuró Amy y


sonrió dulcemente. Sus sueños se habían hecho por fin realidad.